

El
Barón de
Fronco-verde



EL BARÓN DE TRONCO-VERDE

COMEDIA POLÍTICO-AMOROSA

EN DOS ACTOS, EN PROSA Y VERSO

original de

RICARDO DE LA VEGA

Estrenada en el TEATRO LARA el 14 de Abril de 1900



MADRID

R. Velasco, imp., Marqués de Santa Ana, 11 duplicado

Teléfono número 551.

1900



ACTO PRIMERO

REPARTO

PERSONAJES

ACTORES

EL BARÓN.....	SR. BALAGUER (J.)
LA BARONESA.....	SRA. VALVERDE.
PILAR (su sobrina).....	SRTA. DOMUS.
EL DOCTOR (médico de baños).....	SR. MORANO.
LA MONTELLANO (actriz).....	SRTA. SUÁREZ.
RAFAEL (su hermano).....	SR. RAMÍREZ.
PEPITA.....	SRTA. FEROS.
MATILDE.....	GARCÍA SENRA.
EL GENERAL.....	SR. LARRA.
LEOPOLDO.....	VALLE.
UNA DONCELLA.....	SRTA. GONZÁLEZ.
UN AYUDA DE CÁMARA.....	SR. SUÁREZ (P.)
UN CRIADO.....	DE DIEGO.

Bañistas de ambos sexos.—Camareros

DECORACION

Un balneario. Patio-jardín, que rodea el edificio, el cual se ve en el foro. Hotel elegante, puerta principal con escalinata, ventanas, azotea, etc. Entradas y salidas por derecha é izquierda del patio que se suponen dan á la parte exterior del balneario. Veladores portátiles sillones, mecedoras, etc.

ESCENA PRIMERA

EL DOCTOR, sentado en una mecedora, lee un periódico. Es un hombre joven de modales distinguidos y simpático. Habla un poco de prisa y se impacienta cuando oye decir tonterías. Luego PILAR. Es una muchacha de veinte años, muy linda, muy elegante y muy graciosa.

Doc. (Leyendo.) «Está planteada la crisis. Salen tres ministros. Para sustituirlos suenan desde ayer varios nombres. Entre ellos, el de un Senador por derecho propio, título del Reino, é íntimo amigo del Presidente del Consejo. No lo creemos. El nombramiento de ese Senador para los Consejos de la Corona, sería un colmo. Mañana saldremos de dudas.» (Hablando.) Bueno: otra crisis, y van tres en este verano. ¿Si el Senador á quien alude este periódico será el Barón? Efectivamente sería un colmo: pero las enfermedades de la política, hacen crisis contra todos los diagnósticos de la ciencia de gobernar. «El barón de Tronco-verde.» Un hidalgo de provincia que vive persuadido de que es un aristócrata de abolengo. El título se le ha subido á la cabeza; pero lo cierto es que el continuo trato con la alta sociedad madrileña, ha hecho de él un hombre distinguido. ¡Pero qué ignorancia la suya! ¡Sólo tratándole se ve hasta dónde llega! ¡Y, sin embargo, es senador y puede que sea ministro! ¡Y cómo le traen las hembras á este varón! Allí viene su lindísima sobrina. Yo creo

que si no fuera hija de su hermano ya habría pensado en enamorarla.

PILAR (saliendo por la izquierda.) Buenos días, doctora
DOC. Buenos días, Pilarina. ¡Siempre doctor! ¿H tomado usted el agua?

PILAR A la hora de todos los días.

DOC. ¿Y alimento?

PILAR Té con pastas: mi desayuno ordinario.

DOC. Nada, nada, nada, nada; eso no vale nada. Hay que combatir enérgicamente esa *cloroanemia* ó *depauperación fisiológica* para evitar los ataques *histeriformes*.

PILAR ¡Ay por Dios, doctor, no me hable usted en términos medicinales porque me atacan á los nervios.

DOC. Pues no me llame usted doctor.

PILAR ¿Pues, cómo quiere usted que le llame?

DOC. Por mi nombre ó por mi apellido.

PILAR ¿Quiere usted que le llame Ricardito?

DOC. No aspiro á tanto.

PILAR Pues le llamaré á usted Ricardo ó don Ricardo.

DOC. ¡No, eso no! Don Ricardo, no. Ese *don* me saca de mis casillas. Prefiero que me *doctore* usted á que me aplique el *don* del Bachillerato.

PILAR La verdad es que no parece usted médico.

DOC. ¿Por qué? ¿Porque curo?

PILAR ¡No, por Dios! ¡No lo digo por eso! Lo digo porque no se adivina en usted la profesión que ejerce. (Sonriéndose.) Cualquiera, al verle á usted por primera vez, le tomaría por un artista, un poeta, ¡qué sé yo!

DOC. Antes que por un médico de baños, ¿verdad? Pues, mire usted; como de poeta y de loco, dice el refrán que todos tenemos un poco, yo en mis ratos desocupados me dedico alguna vez á las musas.

PILAR ¿Hace usted versos?

DOC. Renglones desiguales.

PILAR ¡Ah! (Fijándose en él.)

DOC. Me está usted diciendo con la cara que desde este momento le soy á usted más simpático. (Mirandola y sonriéndose.)

- PILAR ¿Por qué?
DOC. Porque sé que le gustan á usted mucho los versos; ¡pero mucho! Y si el que los hace es un galán tierno, apasionado, que sabe llegar con los acordes de su lira hasta las últimas fibras del corazón de la mujer amada... ¿verdad?
- PILAR ¡Qué sublime está usted hoy!
DOC. Si ese galán encuentra obstáculos para hacerse dueño de usted.. ¡Digo... es una comparación! Para hacerse dueño del objeto de su cariño y busca furtivo los momentos de murmurar en su oído algunas palabras, ó deslizar unas endechas escritas con lágrimas de amor, maldiciendo de la tiranía de un padre ó de un tío, porque suele haber tíos tan crueles como los padres... ¿verdad? (Con intención.)
- PILAR Basta, basta, mi querido doctor: comprendo que está usted enterado de todo, y yo sería muy necia si me empeñara en negarlo. ¿Y cómo lo ha sabido usted?
- DOC. Su tia de usted, la baronesa, me ha dicho algo; y aunque participa, no mucho en verdad, de las rancias ideas de su marido, creo por lo mismo que no habría de ser difícil democratizarla. Lo malo es él; el Barón de Tronco Verde; en punto á pergaminos y limpieza de sangre, no transige.
- PILAR ¡Oh! Para mi tío no hay marido posible sin títulos nobiliarios, pingües rentas y todas esas zarandajas de que me río y me reiré toda mi vida.
- DOC. No, Pilarina, poco á poco; las rentas no son zarandajas; y ya quisiera yo tener un buen puñado de zarandajas todos los meses. Y vamos á ver, ¿cómo es su novio de usted? Guapo, por supuesto.
- PILAR A mí me lo parece.
DOC. De mucho talento.
PILAR Así lo dicen por ahí.
DOC. Enamorado y fiel.
PILAR Pruebas me ha dado de ello.
DOC. Y, desde luego, hijo de buena familia.

- PILAR Ahí está el quid. Su familia es honradísima; pero su hermana es cómica.
- DOC. ¿Cómica?
- PILAR Sí; es la Montellano; esa actriz que ha venido de América y está llamando la atención en Madrid.
- DOC. ¿Y que vino anteayer al balneario?
- PILAR La misma. Ella no me conoce sino de referencia, porque Rafael, mi novio, la ha hablado de mí y está enterada de todo.
- DOC. Una mujer hermosísima. Así está el Barón, que no la quita ojo ni en la mesa, ni en el paseo, ni en ninguna parte.
- PILAR ¡Oh! En ese terreno ya conocemos á mi tío, menos mi tía. Pero cuando sepa que la cómica va á entrar en la familia, entonces será ella.
- DOC. La Baronesa creo yo, que se ablandará más fácilmente.
- PILAR Hasta ahora sólo saben que mi novio es abogado y poeta; pero uada más.
- DOC. ¡Eh! ¡Qué demonio! Ya veremos cuando llegue el caso... Su tío de usted, desde hace seis años que le conozco, me ha cobrado afecto, y me oye y me atiende, y hasta me respeta, cuando me impongo como médico ó le aconsejo como amigo.
- PILAR Y de mí no podrá usted quejarse viendo la confianza que hago de usted.
- DOC. Confianza con que me honra la ilustre heredera de los títulos del Barón de Tronco Verde.
- PILAR ¡Herederal (sonriéndose.) Heredaré, si me caso, los títulos de las comedias que escriba mi marido. Mire usted. (sacando un abanico del bolsillo exactamente igual al que lleva en la mano.)
- DOC. ¡Holal! ¿Un abanico versificado?
- PILAR Llevo dos: con este me abanico en público para refrescarme, porque este otro me da mucho calor. (Por el de los versos.)
- DOC. Lo creo. ¿Se puede ver?
- PILAR ¿Por qué no? Siendo usted poeta...
- DOC. Aficionado. Vamos á ver. (al empezar á leer el Doctor, la Baronesa que ha venido por el mismo sitio

que Pilar, se detiene y oye leer los versos del abanico sin que ellos la vean. La Baronesa es una señora distinguida y elegante que habla pronunciando las erres á la francesa. Tiene cuarenta y cinco años y es expresiva y simpática.)

ESCENA II

DICHOS y la Baronesa por la izquierda

Doc.

(Leyendo el abanico.)
«¿Te vas á dar aire
con este abanico?
¿Y estos pobres versos
que aquí te dedico?
¿Cuál, dueño del alma,
es tu pensamiento?
¿Abrir sus varillas
y darlos al viento?
¿Qué va á ser entonces
de mis tiernas quejas?
¿Por qué entre sus pliegues
vivir no las dejas?
¡Yo te pido, hermosa,
que no te abaniques!
¡Dame tú ese gusto!
¡No me mortifiques!
¡Guarda mis palabras!
¡No hagas que me enoje,
porque si se esparcen
nadie las recoge!
Mas si al fin te empeñas
insistente y loca
hazlo de manera
que entren en tu boca;
y por el camino
de tu corazón
te hablen y te digan
cuál es mi pasión.
¡Adiós, dulces ojos!
¡Adiós, mi tormento!
¡No hagas que mis quejas
se las lleve el viento!...»

- PILAR ¡Son preciosos!
- BAR.^a ¡Preciosos, doctor, preciosos!
- PILAR (¡Mi tía!)
- DOC. (¡Esta es buena!)
- BAR.^a ¿Pero son de usted, hombre?
- PILAR (¡Ahl. ¿Qué ideal!) ¿Ha visto usted el Doctor?... ¿Ha visto usted qué versos tan bonitos hace?
- BAR.^a ¿Pero hombre, y qué callado lo tenía usted? (El Doct r hace gestos sin saber qué decir. Pilar le hace señas.)
- PILAR ¡Y qué pronto los ha hecho! En eso no se parece usted á los poetas; que tienen los albums y los abanicos un año en su poder y hay que enviarles un recadito todos los días para que hagan el favor de despacharlos. Esta mañana le dí mi abanico y ya está aquí.
- BAR.^a ¡Son divinos! ¡Si parecen de un enamorado!
- PILAR (¡Y tanto!)
- DOC. (Pues señor, bueno.) ¿Y qué quiere usted que se le diga á una niña tan encantadora como Pilar? Frases apasionadas: no cabe otra cosa.
- BAR.^a A ver, permítame usted. (Coge el abanico y empieza á leer algunas es refas. Pilar guarda el otro. Leyendo.)
«¡Guarda mis palabras!
No hagas que me enoje,
porque si se esparcen
nadie las recoge.»
¡Esto es preciosos!
«Mas si al fin te empeñas
insistente y loca,
hazlo de manera
que entren en tu boca.»
- DOC. Aquí se ve un poco al médico: *Que entren en tu boca.* Así, como si fuesen medicinas.
- PILAR No, señor; están muy bien, y no tiene usted que ponerles defectos, y cuidadito con lo que se me dice, porque me incomodaré.
- DOC. ¡Qué Pilarina está!
- BAR.^a «Adiós, dulces ojos»
¿Qué dulzura, eh?

«Adiós mi tormento.»

Se ve aquí un hombre atormentado.

«No hazas que mis quejas
se las lleve el viento.»

Aquí se ven enteramente las quejas que van por el aire como bandadas de palomas. Preciosísimos Doctor, preciosísimos.

DOC.

(Mirando á Pilar.) ¡No tanto, no tanto!

PILAR

¡Sí, señor; ya le he dicho á usted que no tienen defecto: y usted se calla.

BAR.^a

Si se hubiera usted dedicado á la poesía, sería usted un magnífico poeta. Pero ha hecho usted bien en abrazar la ciencia: la poesía no da de comer.

DOC.

No: también la medicina pone á dieta al enfermo en ciertas ocasiones.

BAR.^a

¡Bravo! ¡Ingeniosísimo! ¡Ingeniosísimo!

PILAR

Pues debe de ser muy agradable abrazar la poesía. ¡Yo la abrazaría con tanto gusto!

DOC.

En uno de sus representantes, ¿verdad? Pues abráceme usted a mí que soy poeta.

BAR.^a

¡Divino, divino!

PILAR

¡Qué picarillo!

BAR.^a

Este Doctor es el alma del balneario. Es usted el rey de estas aguas.

DOC.

Vamos, sí. Una especie de Neptuno.

PILAR

Voy a publicar entre los bañistas los méritos del Doctor-poeta.

DOC.

¡Por Dios, Pilarina!

PILAR

Hasta luego. (Vase por la izquierda, haciéndole una graciosa reverencia.)

BAR.^a

No ha podido usted dar á mi sobrina mayor placer. Se muere por los versos. Ya sabe usted lo que le he dicho acerca de sus amores con ese poetilla que la persigue sin cesar.

DOC.

¿Y cómo anda eso?

BAR.^a

¿Cómo ha de andar? Encaprichada, loca; ¡y como es muy vehemement!

DOC.

Pues si tiene el corazón interesado, hay que curarla de esa cardialgia.

BAR.^a

¿Cómo ha dicho usted?

DOC.

Cardialgia: dolor de corazón.

BAR.^a

¿Y eso se cura fácilmente?

- DOC. Su sobrina de usted quedará totalmente curada administrándole..
- BAR.^a ¿La digital?
- DOC. No, señora; administrándole el séptimo sacramento, es decir, casándola
- BAR.^a ¡Oh! ¡Qué disparate, hombre! ¡Una boda tan desigual! El Barón no transigiría nunca, y hasta llegaría á desheredarla.
- DOC. ¡Bah, bah, bah, bah! Esas son antiguallas y trastos viejos, que ya solo se exhiben en las ferias de Madrid.
- BAR.^a ¡Pero, por Dios! ¡Un abogadillo sin pleitos y un aprendiz de literato! Ya sé yo que de los abogados se hacen los presidentes de los Supremos de justicias, y que de los poetas principiantes salen luego los Bretones, los Hartzembuches, los Venturas de las Vegas, y otros así.
- DOC. Pues usted lo está diciendo. ¿Quién sabe lo que llegará á ser ese muchacho?
- BAR.^a ¡Pero si apenas le conocemos! Yo sólo le he visto una vez en Madrid, y eso de espaldas.
- DOC. Bien; pero ella le habrá visto de frente varias veces, y ya le conocerá.
- BAR.^a Y ni sabemos quién es su familia; en fin, nada.
- DOC. Bien; pero ya lo sabrán ustedes cuando los muchachos se casen.
- BAR.^a ¡Pero, hombre, usted es el mismo diablo!
- DOC. ¡Bah, bah, bah, bah! Yo no soy más que un buen amigo de ustedes. Vamos á otra cosa. ¿Y el apetito?
- BAR.^a ¡Admirable!
- DOC. ¿Y la pierna?
- BAR.^a ¡Divina! Usted me la ha comprendido. Ya recordará usted lo que me dijo el médico de Biarritz cuando me salieron aquellas manchitas, que han desaparecido gracias á usted. No recuerdo...
- DOC. Le llamo á mi casa, le enseño la pierna, me la ve y me dice: «Baronesa, no me gusta nada.» ¡Me alarmó, francamente, me alarmó!
- DOC. Sí, sería hombre de poca práctica... pedestre, y por eso... (Se sientan y siguen hablando)

ESCENA III

DICHOS y la MONTELLANO. Es una mujer joven, hermosa y elegante. Viene por la izquierda hablando con el GENERAL, LEOPOLDO, PEPITA y MATILDE, los cuales la rodean

GEN. ¿Conque la aplaudiremos á usted este año en Madrid?

MONT. En Madrid trabajaré; ahora, eso de aplaudirme...

GEN. ¿Y cómo no?

LEOP. ¿Pueden estar ociosas las manos cuando usted pone los pies en las tablas?

PEP. Nosotras estuvimos abonadas el año pasado.

MAT. Y lo estaremos este.

GEN. Dicen los inteligentes. . Yo no lo soy; me contento con ser admirador de usted.

MONT. Gracias, General.

GEN. Pues dicen los inteligentes que ha dejado usted muy atrás á la Rita Luna.

MONT. Sí, un poco atrás, porque la Rita Luna (sonriendo.) era una actriz del siglo pasado.

GEN. ¿Eh? Bien... sí. Me habrán dicho otro nombre, y yo confundo...

MONT. General, las comparaciones siempre son odiosas.

LEOP. Por eso es usted incomparable.

PEP. ¡Y cómo se viste usted!

MAT. Y cómo se peina, ¿verdad?

MONT. ¡Por Dios, que he venido á tomar las aguas y no me dejan ustedes descansar! (siguen en animada conversaci6n)

DOC. (A la Baronesa.) Aquí está la Montellano. Siempre con ocho ó diez personas al retortero.

BAR.^a En verdad que es una mujer interesante.

DOC. Pero, es claro: joven, viuda, actriz eminente... Todo el mundo se disputa sus favores.

BAR.^a ¿Y qué tiene?

DOC. Poca cosa. Algo de *discrasia*.

BAR.^a ¿Y qué es eso?

DOC. Fluidez de la sangre.

- BAR.^a Yo, como no bajo al comedor, no la he visto más que dos veces.
- DOC. ¿Quiere usted que se la presente?
- BAR.^a Puede que á mi marido no le guste.
- DOC. Al Barón sí le gusta. No tenga usted cuidado por eso. (La Baronesa y el Doctor se levantan y se acercan al grupo.) ¿Qué tal, señora mía?
- MONT. Muy bien, Doctor.
- DOC. Hola, niñas. Mi General...
- GEN. Insigne médico, Dios le guarde.
- DOC. La señora baronesa de Tronco Verde arde en deseos de conocer de cerca á la estrella del arte de Thalia. Tengo el gusto de presentársela á usted. (A la Montellano.)
- MONT. Señora... (¿La Baronesa? ¡Esto tiene gracia!)
- BAR.^a Sí, porque de lejos, ¿quién no la conoce? Yo voy poco al teatro, porque siempre tengo gente en casa; pero cuando voy, es únicamente por ver á usted; créame usted que voy únicamente por ver á usted.
- MONT. Usted me honra.
- BAR.^a Y lo mismo trabaja usted en el alto drama que en la alta comedia.
- LEOP. Eso es; siempre trabaja por todo lo alto.
- BAR.^a He oído que va usted á hacer este año *Un drama nuevo*.
- MONT. Creo que sí.
- GEN. ¿Un drama nuevo? ¿De quién?
- DOC. El drama de Tamayo, que se llama así, mi General, *Un drama nuevo*.
- GEN. ¡Ah, ya! No le conozco.
- BAR.^a ¡Qué hermosa obra! Eso es lo que se llama una obra.
- PEP. La última noche que estuvimos en el teatro no trabajaba usted. Se estrenó una comedia y la silbaron. ¡Ay, qué gracia!
- MAT. ¡Lo que nos divertimos aquella noche!
- MONT. ¡Pobre autor y pobres artistas! (Viéndose.)
- DOC. Pero, niñas, ¿y ustedes gozan en esos espectáculos?
- PEP. ¿Y por qué no?
- MAT. Todo el mundo goza.
- BAR.^a Pues mi marido es un entusiasta de usted; pero un entusiasta frenético.

- MON. (No lo sabes tú bien.)
BAR.^a Ahora está muy metido en política, y lo siento, porque la política no acarrea más que disgustos.
GEN. He leído que salen tres ministros y que el Barón está indicado para una cartera.
BAR.^a Así parece; pero crea usted que no lo deseo. ¡Tantos compromisos! ¡Tantos pretendientes! ¡Si se pudiera complacer á todos!..
DOC. Que me nombre director de Sanidad, y no queda un enfermo en España.
BAR.^a Pero, ¿los va usted á matar, hombre?
DOC. A sanarlos, señora, á sanarlos.
MONT. Veremos si hace algo por el pobre teatro español, que bien lo necesita.
BAR.^a ¡Ya lo créo que haría!
GEN. Yo, con una plaza de cinco á seis mil reales para un sobrino que tengo que es muy bruto, ya no quiero más.
BAR.^a ¿Qué tal, eh? Todavía no somos ministros y ya tenemos aquí una avalancha de pretendientes.
GEN. ¿Pues para qué son los amigos?
LEOP. ¿Y los destinos públicos? (Siguen hablando.)

ESCENA IV

DICHOS. RAFAEL, sale por la derecha acompañado de un MOZO que lleva una maleta pequeña y entra con ella en el hotel. Al mismo tiempo sale por la izquierda PILAR y se encuentran los dos en el foro al pie de la escalera. Rafael es un muchacho de veinticinco años, guapo y elegante. Luego un CRIADO que sale del hotel

- PILAR ¡Dios mío!
RAF. ¡Pilar!
PILAR ¿Qué es esto?
RAF. Que acabo de llegar porque no podía pasar más tiempo sin verte.
PILAR ¡Que está ahí mi tía!
RAF. ¡Si no me conoces!
PILAR ¡Y tu hermana!
RAF. A esa la veré ahora y tú y yo nos veremos luego.

- PILAR ¡Por Dios, Rafaell
RAF. ¡Serenidad! (Entra en el hotel. Pilar, emocionada,
 baja poco á poco y se acerca á los demás.)
- PILAR (¡Qué imprudentel... ¡Me lo van á conocer
 en la cara!)
- BAR.^a Pilarina, mira, la señora Montellano; la ac-
 triz que tanto te gusta. Es mi sobrina. (Pre-
 sentándola.)
- PILAR (Turbaña.) Señora...
MONT. (¡Ah! ¡Mi futura cuñada! ¡Qué linda es!) Se-
 ñorita... (¡Buen gusto tiene mi hermano!)
- BAR.^a Como es tan aficionada á la poesía, hoy está
 loca con unos versos que le ha puesto el
 Doctor en el abanico.
- DOC. (¡Adiós!)
- GEN. ¡Hola, hola!
- LEOP. ¡Bravo!
- MONT. ¡Ciencia y poesía!
- DOC. Alguna vez, por matar el tiempo ..
- GEN. ¡Eh! Poco á poco. Un médico no debe matar
 nunca.
- BAR.^a Para eso están ustedes: ¿verdad, General?
- GEN. ¡Justo!
- PEP. Don Ricardo, yo también tengo abanico.
- MAT. Y yo también, don Ricardo.
- DOC. (¡Ya salió el don Ricardo de las cursis es-
 tas!...) Bueno, ya veremos... (El Criado, saliendo
 y dirigiéndose á la Montellano.)
- CRiado Una visita espera á usted en su cuarto.
MONT. ¿Una visita? Voy. Ustedes me perdonarán...
 Señora Baronesa; grandísimo nonor en ha-
 ber conocido á usted y á su preciosa so-
 brina.
- BAR.^a Gracias, señora. (Se saludan con una reverencia.)
MONT. Señorita... Seremos muy amigas: quizás algo
 más que amigas, ¿verdad? (Esto se lo dice á
 Pilar aparte.)
- PILAR Usted lo será todo para mí. (Aparte también.)
MONT. Señores... (Saludando.)
- PEP. } Adiós.
MAT. }
LEOP. } A los pies de usted. (El Doctor la acompaña has-
 ta el hotel donde ella entra.)
- PEP. ¿Vamos al cenador?

MAT. Sí, sí; vamos.
PEP. Vente, Pilar.
PILAR (¿Pero cómo habrá venido?)
BAR.^a Sí, anda con las niñas. Yo voy á ver si ha llegado el correo de Madrid.
MAT. Acompañenos, usted General.
PEP. Y usted Leopoldo.
LEOP. Con mil amores.
GEN. Vamos al cenador: y eso que á las once de la mañana no me parece propio ir al cenador. Si fuera á las once de la noche...
LEOP. Esa es la hora de cenar. (Vanse los cinco por la izquierda hablando entre sí. El Doctor vuelve al proscenio y la Baronesa entra en el hotel.)
BAR.^a Hasta luego, Doctor.
DOC. Hasta luego, Baronesa.

ESCENA V

EL DOCTOR y luego el BARÓN DE TRONCO-VERDE. Es el mismo personaje del setete «Bonitas están las leyes ó la viuda del In-terfecto.» Sale leyendo un periódico y se dirige al Doctor. Luego una DONCELLA de la Baronesa.

DOC. ¡Vaya con los amores de Pilarina! Su tía cedería pronto; pero el Barón... ¿Quién le saca de la cabeza?... Y eso que de la cabeza se le puede sacar muy poco. En fin, allá veremos. Si la Montellano aprovechando.. ¡No es mala idea! Aquí le tenemos.
BARÓN (saliendo por la derecha.) Lea usted, Doctor: mire usted lo que dice este papelucho.
DOC. A ver, á ver. (Leyendo.) «Dícese que serán ministros el barón de Tronco-Verde y el diputado cunero señor Troncoso. ¡Buen tronco!»
BARÓN ¿Qué le parece á usted?
DOC. Que no debe usted hacer caso. Además, este periódico no lo dice por su cuenta; lo copia de otro y le pone su correctivo.
BARÓN ¡Lo copia! ¿Y por qué lo copia? ¡Buena está la imprenta! Crea usted que si *Vitenbert* no la hubiera inventado, estaríamos mucho mejor.

- DOC. Gutenberg, Barón, Gutenbegr. Vitenbert sería otro.
- BARÓN Bueno... sí.. Gutenberg, *Vitedbert* Ya sabe usted que yo no me fijo en ciertos detalles. Pero ya meteré yo en cintura á los chicos de la imprenta, como ahora se les llama.
- DOC. ¿A los cajistas? ¡Pobrecillos! Será á los chicos de la prensa...
- BARÓN Bueno, sí... es igual: la prensa... la imprenta... Ya sabe usted que yo no desciendo...
- DOC. Sí, ya estoy...
- BARÓN Pues sin embargo de que estas cosas me excitan sobre manera, creo que estoy mejor, no gesticulo tanto. ¿Cómo ha dicho usted que se llama mi enfermedad?
- DOC. Un *tic* nervioso.
- BARÓN Es verdad: una irritación del nervio facial... ¿no es eso?
- DOC. Es cierto: con movimientos convulsivos de los músculos rissorio... (Tocándole la cara.)
- BARÓN Ya recuerdo: *rissorio de Gasparini*.
- DOC. No, Barón; de *Santorini*.
- BARÓN ¡Ah! Sí, bueno... *Santorini... Gasparini...* Ya sabe usted que no me paro en esas pequeneces.
- DOC. Y hablando de otra cosa: ¿ha visto usted hoy á la Montellano?
- BARÓN ¡Oh! No me diga usted nada, amigo mío... ¡Qué mujer! Desde que está en el balneario apenas he hablado con ella cuatro palabras. Ese majadero de General y los demás bañistas, le han puesto cerco, y no hay forma de llegar á la fortaleza.
- DOC. Pero, Barón; ¡qué ya no es usted un niño! Es preciso refrenar un poco esas pasiones.
- BARÓN Y qué quiere usted que haga, amigo mío, si en mi casa no puedo tener un solo momento de expansión. (Sale la doncella de la Baronesa del hotel. Es sumamente fea y tiene bigote. (Va muy bien vestida.)
- DONC. La señora Baronesa que si vucencia va á almorzar arriba ó en el comedor.
- BARÓN En el comedor.
- DONC. Y que acaba de llegar el correo.

- BARÓN Está bien, basta (La doncella se va al hotel.) ¿Ve usted eso? (Por la doncella.) Pues así son todas las doncellas que tiene mi mujer. Comprenderá usted que merezco disculpa si alguna vez me salgo á tomar el aire libre.
- DOC. La Baronesa le conoce á usted y toma sus precauciones.
- BARÓN La Baronesa es insoponible: créalo usted: y por cierto que he de averiguar... porque se me figura que ella me oculta algo, qué hay respecto de un pretendiente que tiene mi sobrina... No sé si me han dicho que es un poetilla... un cualquier cosa... sin posición oficial... y creo que sin títulos... ni familia conocida... en fin, no sé.
- DOC. La muchacha es muy linda y si está enamorada no reparará en esas pequeñeces.
- BARÓN ¡Oh! ¿Y le parece á usted pequeñez el que un advenedizo venga á truncar de un solo golpe la legendaria rama de los Tronco-Verdes?
- DOC. ¡Bah, bah, bah, bah!
- BARÓN ¿Cómo bah, bah, bah, bah? (Remedándole.) ¡Mi sobrina, la hija de mi difunto hermano! ¡La heredera de mis títulos y de mis rentas!
- DOC. Con esas rentas vivirá muy feliz al lado de su marido, siendo un hombre honrado.
- BARÓN Todo el mundo es honrado.
- DOC. Y sobre todo: si la niña da el sí no vale oponerse.
- BARÓN Mire usted, amigo mío. *El sí de las niñas* de Calderón, pasa en el teatro, pero no en el mundo.
- DOC. Moratín, Barón, Moratín; no era Calderón.
- BARÓN Bueno, sí Moratín... Calderón... Ya sabe usted que no me ocupo de esas... Voy á dar una vuelta por los manantiales. Esta es la mejor hora de tomar el agua, ¿verdad?
- DOC. Sí; media hora antes de almorzar.
- BARÓN Puede que allí la vea. ¡Sus ojos sí que son dos manantiales!
- DOC. ¡No; si no le lloran!
- BARÓN Digo manantiales de gracia y de expresión.
- DOC. Bueno: pues yo voy á despachar el correo.

- BARÓN Yo espero telegrama del Presidente del Consejo y ya lo tengo todo preparado para marchar á Madrid inmediatamente.
- DOC. También tengo yo que ir á Madrid tres ó cuatro días. Pues á tomar el agua con calma, con reposo, y nada de excitaciones.
- BARÓN Hasta luego, mi querido Doctor.
- DOC. Hasta luego, Barón. (Vase el Barón por la izquierda, haciendo algunos gestos convulsivos.) ¡Ni el bromuro hace efecto en este hombre!

ESCENA VI

El DOCTOR y la BARONESA, que sale del hotel

- BAR.^a Doctor, hombre, ¿sabe usted lo que acabo de presenciar?
- DOC. ¿El qué?
- BAR.^a ¡En un establecimiento público! ¡Parece mentiral! ¡Al fin y al cabo, cómica! ¡Si no podía ser otra cosa!
- DOC. Pero, ¿qué ha visto usted?
- BAR.^a Ya sabe usted que para ir á mi cuarto hay que pasar por el de la Montellano. Pues bien: llego á su puerta, que estaba entornada, y oigo la voz de un hombre. Me detengo, y la oigo decir á ella: «¡Esto es una locura!» Y á él: «Pero tú me la perdonarás, porque eres muy buena conmigo.» Y sin más ni más empiezan á besarse, que era lo que había que oír.
- DOC. Perc, ¿está usted segura?...
- BAR.^a Pero, hombre, si he oído yo los besos... ¿no he de estar segura? La visita que le esperaba era el amante, que ha llegado en el correo hace media hora.
- DOC. Es que me parece tan fuerte...
- BAR.^a Más fuertes eran los besos que se daban, hombre.
- DOC. Pues crea usted que me sorprende, porque, sobre ser una mujer honrada, como dice todo el mundo, es viuda, es libre...
- BAR.^a ¡Y tan libre! ¡Ya lo creo que es libre! Voy á

pedir inmediatamente que me den otro cuarto distante del suyo, porque figúrese usted si Pilarina se entera de estas cosas, ¡qué ejemplo! No quiero decirle nada á mi marido, porque ya sabe usted lo que es el Barón.

DOC. Sí, más vale que no le diga usted nada.
BAR.^a ¡El teatro, Doctor, el teatro! ¡Qué frutos da el teatro!

DOC. Sí que suele dar sus frutos.
BAR.^a Hasta luego, Doctor. (Vase por la primera izquierda.)

ESCENA VII

EL DOCTOR. En seguida, PILAR. Luego, RAFAEL

DOC. Pues, señor, repito que me parece un poco fuerte.

PILAR (Saliendo por la segunda izquierda.) ¡Ay, amigo mío! ¡Qué alegre estoy y qué miedo tengo!

DOC. Pues, ¿qué hay?

PILAR Que acaba de llegar Rafael, mi novio, y que está con su hermana en el cuarto.

DOC. ¡Ah! Ya pareció el amante de la Montellano.

PILAR ¿Cómo?

DOC. Su tía de usted los ha sorprendido á solas abrazándose, y ha creído otra cosa.

PILAR ¡Qué indignidad!

DOC. Como no le conoce...

PILAR Allí está. (Viéndole á la puerta del hotel.) ¡Rafael! (Llamándole. El está indeciso.) Acércate. No temas.

DOC. (Guapo muchacho) (Rafael baja al proscenio.)

PILAR Mira, el señor es un amigo nuestro y de toda mi confianza.

RAF. Pero...

PILAR Se lo he contado todo.

DOC. Y como médico, ya he recetado, y como amigo me ofreció á usted desde este momento.

RAF. Pues siendo así, ¿á qué hemos de repetir la escena de *Un drama nuevo*, contándole á

- Schespír cuándo nos conocimos y cómo empezamos á querernos?
- DOC. ¡Bravo! Aquí lo indispensable es mucha prudencia, y que la Baronesa no le vea á usted hablando con Pilarina, hasta que se desengañe de que no es usted el amante de su hermana.
- RAF. ¿Qué? (Asoybrado.)
- PILAR Que os ha oído hablar en el cuarto, y no se le ha ocurrido otra cosa.
- RAF. La Baronesa ve todo lo que hay que ver, menos los galanteos de su marido.
- DOC. Y así vive tranquila. El Barón viene por allí. Usted conmigo, á buscar á sus amigas; y usted váyase por allí, que á la tarde hablarán ustedes en el paseo. Yo dispondré las cosas.
- PILAR Veté con tu hermana.
- RAF. Mucho le deberemos á usted.
- DOC. Ya le pasaré á usted la minuta de honorarios.
- PILAR Hasta luego.
- RAF. Hasta luego. (El Doctor y Pilar se van por la primera izquierda; Rafael por la puerta de entrada al hotel.)

ESCENA VIII

El BARÓN, que sale por la segunda izquierda. En seguida la MONTELLANO, que sale del hotel hablando con RAFAEL, el cual se va luego por la derecha

- BAR. Si me encargo de la cartería de Fomento... ¡Qué sé yo!... La instrucción pública... ¡No sé, no sé! En Estado quizás... y eso que en Estado la escuela diplomática... ¡No sé, no sé! De Hacienda no hay que hablar; me negaría en redondo. Un farrago de números y guarismos. Gobernación no es para mí. Tratar con los alcaldes y con los caciques, gente ordinaria que viene de los pueblos. Gracia y Justicia me gustaría más. La magistratura... El Supremo Tribunal. . ¡y en

relaciones con la Santa Sedel... *Sede Sapientice*. ¡Silla de sabiduría! ¡La Montellano! (viendo á la Montellano que sale del hotel.) *Causa nostre letitice*. ¡Causa de mi alegría! ¡Con esta hermosura sí que entablaría yo relaciones aunque fueran extraoficiales!

MONT. (¡Tiene gracia la Baronesa! Tomar á mi hermano por un amante.)

BAR. (Aquí viene.)

MONT. (¡El Barón! Veamos cómo se presenta este doncel enamorado.) (Se presenta el Barón y le hace una profunda y cómica reverencia.)

BAR. Aunque usted de mi nombre no se acuerde, por mas que me haya visto en otra parte, á la eminente actriz, gloria del arte, los pies besa el Barón de Tronco Verde.

MONT. Señor Barón; un día y otro día, mejor dicho, una noche y otra noche, cuando el público en masa me aplaudía y usted su aplauso entusiasmado unía, yo entre mí murmuraba *sotto voce*:

— ¡Cuánta galantería!

Me lisonjea que de mí se acuerde.

¡Qué noble es el Barón de Tronco Verde! —

BAR. Señora; de Terpsícore la bella usted nació como fulgente estrella que todo lo ilumina.

MONT. (¡Dios mío! Me ha llamado bailarina!) Mucho al artista halaga el aplauso del público que paga; mas cuando esos aplausos hijos son, si no de poderosa inteligencia, de sensibilidad de corazón, el artista se engríe viendo al espectador que llora y ríe.

BAR. ¡Es verdad, mi señora! Se ve al espectador que ríe y llora. Y yo, como á las Musas idolatro, lloro como un chiquillo en el teatro.

MONT. ¿Verdad que hacen sentir *Las nueve hermanas*?

BAR. ¡Por Dios, no me haga usted esas preguntas!

¡Vale usted mucho más que todas juntas!

MONT. No sé si valgo algo.

A los ojos de usted yo sé que valgo.

- BAR. Como mujer un mundo, y como artista
para papeles cómicos y serios,
otro mundo; es decir, dos hemisferios!
- MONT. Señor Barón... (Bajando los ojos.)
- BAR. No baje usted los ojos.
Los ebúrneos sonrojos
que coloran el plácido semblante
de la mujer amante,
¿por qué tiñen su faz, si usted no ama?
- MONT. Mi corazón está dormido ó muerto.
- BAR. ¿Y no despertará si se le llama?
Me gustaría á mí verle despierto,
ó bien soñando en la mullida cama.
- MONT. ¡Barón! (¡Qué aristocrático Tenorio!)
- BAR. (Ya siento en mis mejillas el *rissorio*.)
(Empieza á gesticular.)
- MONT. ¡Usted, hombre de mundo! ¡Gran personal!
¡Caballero, galán, noble, discreto!
- BAR. A los Consejos voy de la Corona;
pero si me habla usted de esta manera
no tomo posesión de la cartera.
(Mirándola extasiado.)
- MONT. ¡Yo la amo á usted en secreto!
- BARÓN. ¡Barón, usted no es libre!
Como el ave,
y mucho más si cabe.
Como el águila real. Como la tórtola.
- MONT. Pero la Baronesa...
- BARÓN. Nunca la pude amar, pero sopórtala,
porque así me lo exige el mundo pícaro.
¡A usted es á quien amo como un Ícaro!
- MONT. ¿Y usted descendería
hasta la pobre actriz de raza humilde?
- BARÓN. ¡Si usted no tiene tildel!
- MONT. Pero sus timbres nobiliarios...
- BARÓN. Esos
no estorban del amor los dulces besos.
- MONT. Después de ser esposos los amantes.
- BARÓN. Sí, señora, después... ó si no, antes..
- MONT. ¡Ah, Barón! Si su estado fuera el mío...
- BARÓN. Al tálamo nupcial la llevaría.
- MONT. (¡Otra cosa sería!) (Riéndose.)
- BARÓN. Y mi raudal de amor sería un río.
(Va excitándose poco á poco y haciendo gestos.)

- MONT. ¡Por Dios, Barón! (Fingiéndose emocionada.)
BARÓN (A ver si capitula.)
MONT. (Y cómo gesticula.)
BARÓN El manjar de sus labios entreabiertos
despierta en mí la apetitosa gula.
MONT. Usted va á ser ministro del Estado.
BARÓN ¿Y qué? Seré un ministro enamorado.
MONT. Entra usted por derecho
propio en el Gabinete.
BARÓN En ése pecho
quisiera entrar.
(Acercándose más y ella retirándose.)
MONT. ¡Uste me compromete!
BARÓN ¿Qué me importa pasar al Gabinete
y ser bien recibido
si el gabinete es pieza de cumplido?
MONT. Basta, Barón.
BARÓN Señora...
MONT. Este paraje...
Sus amantes extremos...
Temo el espionaje...
En Madrid nos veremos.
BARÓN ¡Ah! ¡Hermosa mía! ¡Mi razón se pierde!
¡Su mano! (Se la coge.)
MONT. (Es mucho ya lo que se anima.)
BARÓN Permita usted que en ella un beso imprima
el rendido Barón de Tronco Verde.
(Se la besa repetidas veces.)
MONT. ¡Basta!
BARÓN ¡Qué bien me sabel!
MONT. No más, Barón. (La situación es grave.)
¡Adiós, adiós! Que mi razón se ofusca.
BARÓN ¡Adiós, mi bella! ¡El alma irá en su busca!
(La Montellano sube la escalinata del hotel, y desde
allí dice el último verso.)
MONT. (Mi pariente serás, pero lejano.)
BARÓN (Dueño soy de la hermosa Montellano.)
(El Barón se va por la derecha. La Montellano entra
en el hotel.)

ESCENA IX

EL GENERAL, LEOPOLDO, PEPITA, MATILDE. Luego PILAR y la BARONESA

- GEN. (Saliendo por la segunda izquierda.) Estas aguas son capaces de abrir el apetito á un escuadrón de caballería. ¿Pero cuándo dan el primer toque?
- PEP. ¿A misa? ¡Si ya la hemos oído, General!
- GEN. El primer toque al almuerzo.
- LEOP. El primer toque de atención. (Oyese el primer toque de campana para el almuerzo.)
- MAT. Mire usted; ya tocan.
- PEP. A mí el tocino del cielo me ha quitado la gana.
- MAT. Y á mí los suspiros de Santa Teresa.
- LEOP. Marjares divinos.
- GEN. Pues á mí no me quita la gana más que el verdadero tocino, venga de donde venga; usted como no se alimento más que de suspiros, (A Adelita.) vaya un efecto que le van á hacer á usted las aguas.
- PEP. ¡Qué general este!
- MAT. ¡Es mucho general!
- LEOP. ¡Es mucho general!
- GEN. ¡No! ¿Qué he de ser mucho general? Soy poco general, porque ya debía ser general de división y no lo soy. (Hablan entre sí.)
- BAR.^a (A Pilar, saliendo por la primera izquierda.) Pilarina, dime la verdad: ¿quién es ese muchacho que hablaba contigo? Dime la verdad, ¿es el poeta?
- PILAR (Algo cortada.) Sí, tía.
- BAR.^a ¡Pilarina! Vas á dar un disgusto á tu tío formidable! ¡Pero formidable!
- PILAR ¿Y qué quiere usted que haga?
- BAR.^a Renunciar.
- PILAR Eso es imposible. (Bajando la voz.)
- BAR.^a ¡Pero qué cabeza tan destornillada, hombre!
- PILAR ¡Si usted me ayúdasel!

- BAR.^a ¿Cómo quieres que yo te ayude, criatura?
¿No ves que eso es un disparatón?
- PILAR (¡Cuándo sepan que la Montellano es su hermana!...)
- BAR.^a Vas á tener mucha prudencia, Pilarina.
¡Aquí no quiero escándalo! Tu tío se irá probablemente esta tarde á Madrid, y nosotras mañana.
- PILAR ¡Tía, por Dios!
- BAR.^a ¡Calla, Pilarina! (Pilar se va á hablar con Pepita, Matilde y Leopoldo. El general se pasea impaciente por el almuerzo. Suena el segundo toque.)
- GEN. Segundo toque. Ya se estará vistiendo el cura. ¿Hay apetito, Baronesa?
- BAR.^a Nosotras almorzamos hoy en el comedor. Háce demasiado calor arriba, y quiero trasladarme á la p'anta baja.
- GEN. ¡Hombre, me alegro!
- BAR.^a Y eso que si mi marido se va esta tarde, nosotras nos vamos mañana.
- PEP. ¡Ay, qué pronto!
- MAT. Quédense ustedes unos días.
- BAR.^a Bien quisiera, pero es imposible.
- GEN. Aquí viene el Barón.

ESCENA X

DICHOS EL BARÓN y un AYUDA DE CÁMARA. Luego el DOCTOR

- BARÓN (saliendo por la derecha.) ¿Está listo todo?
- AYUDA Todo, señor Barón.
- BARÓN Salgo en el primer exprés. Que se expida inmediatamente el telegrama que le he dado á usted.
- AYUDA ¿Quiere algo más vucencia?
- BARÓN Nada más. (Vase el Ayuda de cámara por la derecha.)
- GEN. Barón, no le hemos visto á usted en toda la mañana.
- BARÓN (saludando.) Señores... Mira. (A su mujer dándole un telegrama.)
- BAR.^a ¿Del Presidente?
- BARÓN Sí.

- BAR.^a ¿A ver? (Lee el telegrama.)
GEN. ¡Hola, hola! ¡Alguna buena noticia!
LEOP. No puede ser mala.
BAR.^a «Cuento con usted para una cartera. Véngase en el primer exprés.»
GEN. ¡Magnífico! Ya tiene usted la panza de burra. (Dándole golpecitos en la espalda. Rafael sale por la derecha y se mete en el hotel sin ser visto por ninguno de los que están en escena.)
LEOP. Acertadísima designación.
MAT. ¡Señor ministro! (En broma y muy expresiva.)
PEP. ¡Ya no va usted á querer saludarnos!...
BARÓN (Sonriéndose.) ¿Por qué, tontillas?
BAR.^a Pues me he llevado chasco. Creí que íbamos á Estado.
GEN. Lo mismo da; ¿verdad?
BARÓN Para mí es lo mismo. (Con aire de indiferencia.)
PILAR Pilarina, ¿no me dices nada?
BARÓN ¡Sí, tío! (Se acerca a él turbada y le da un abrazo. El la da un beso en la frente.)
BARÓN Me voy en el primer exprés. Ya he mandado tramitar un telegrama aceptando la cartera.
BAR.^a Y nosotras mañana.
BARÓN ¿A qué tan pronto? Este está muy hermoso.
BAR.^a De ninguna manera. ¿Quieres que te dejemos solo?
BARÓN No podré atenderos como antes.
BAR.^a Empezará á ir gente á casa, y ya ves...
GEN. Digo, si empezaran á ir los golosos...
DOC. (saliendo por la primera izquierda.) ¡Bravo, señor Consejero del Estado! (Apretándole la mano.)
BARÓN ¡Queridísimo amigo!
DOC. ¿Se va usted esta tarde?
BARÓN Esta tarde.
DOC. Le veré á usted tomar posesión; sí, porque tenía pensado ir á Madrid la semana que viene por tres ó cuatro días; pero adelanto mi viaje y me voy mañana.
BAR.^a Con nosotras.
DOC. ¡Admirable!
BARÓN Oiga usted, Doctor. (Se lo lleva aparte. Los demás se sientan alrededor de un velador y siguen hablando.)
PEP. Pues también nosotras nos iremos pronto.

- MAT. La semana que viene.
GEN. Yo, en cuanto tome cinco baños que me faltan, me largo también.
LEOP. ¿A cuántos grados se baña usted, mi General?
GEN. A treinta grados. Más de los que he tenido en mi carrera.

ESCENA XI

DICHOS. La MONTELLANO y RAFAEL aparecen en la escalinata de la puerta del hotel y se detienen

- RAF. Ten mucho cuidado, pudiera padecer tu reputación. Estos señores siempre están dispuestos á pensar mal de toda mujer de teatro.
MONI. Tranquilízate. Al Barón le conoce todo el mundo, y á mí también. No temas. Voy á presentarte. (Bajan los dos. Rafael se queda un poco retirado.) Señores... (Todos se levantan. La Baronesa pasa al lado del Doctor.)
BARÓN ¡Oh! Aquí está mi ídolo.)
DOC. (Al Barón.) A ver si hace usted alguna tontería delante de la Baronesa.
BARÓN (Al Doctor.) Ya sabe usted que yo no me fijo en ciertos detalles.
PEP. ¿Ha tomado usted el agua?
MONT. Hace un momento.
GEN. ¡Qué rica! ¿Verdad?
MAT. Yo ya me he acostumbrado.
PILAR (¿En qué parará esto?)
MCNT. Acabo de saber que el señor barón de Tronco Verde ha sido elevado al cargo de ministro, y no quería marcharme sin darle mi más afectuosa enhorabuena.
BARÓN (¡Qué hermosa!) Señora mía... (Ya me empieza el *rissorio*.)
MONT. Y dársela también á la señora Baronesa y á su linda sobrina, cuyos elogios acerca de mi escaso mérito me obligan á una profunda gratitud y á un afecto natural y desinteresado.

- BAR^a Gracias, señora. (En tono seco.)
GEN. Usted merece toda clase de elogios, no sólo por su arte en la escena, sino por su bien sentada reputación fuera del teatro.
- MONT. Eh más estimo, General, el aprecio que de mí se haga como mujer que como artista.
- GEN. ¡Ya lo creo!
MONT. Pero contra las mujeres de teatro se desata muy fácilmente la maledicencia. Cuando menos, se nos juzga con una ligereza tal, que más parece el deseo de encontrar en la cómica faltas que no ha cometido. Triste condición la nuestra, ¿verdad?
- BARÓN ¿Y quién se atrevería á poner en duda la...?
Digo, me parece...
- MONT. ¡Ah, señor Barón! *La calumnia del barbero* la ha oído aquí todo el mundo, ¿no es así, señores?
- GEN. Todos.
LEOP. Todos.
MAT. Muchas veces.
BARÓN (¿Del barbero?... ¿Qué habrá sido?) Bien, señora mía; pero cuando la calumnia procede de gente baja, se desprecia.
- GEN. Muy bien dicho.
MONT. ¡Rafael! (Ll mándole) Acércate. (Baja Rafael.) Permítanme ustedes que les presente á mi hermano, que ha venido esta mañana para acompañarme á Madrid.
- BAR.^a (¡Su hermano!)
DOC. (A la Baronesa.) ¡Plancha, Baronesa, plancha.
BAR.^a (Al Doctor.) Doctor, es el novio de mi sobrina!
DOC. Mejor.
BAR.^a ¿Cómo mejor, hombre?
BARÓN (¡Su hermano! Este joven puede ser un obstáculo.)
- MAT. (Es guapo.)
PEP. (¡Qué elegantel)
GEN. Servidor de usted.
LEOP. Le conozco de Madrid. (A Pepita y Matilde.)
PILAR (¡Ay, Dios mío!) (Rafael aluda á todos con una ligera inclinación de cabeza y mucha distinción.)
- MONT. La señora baronesa y el señor barón de Tronco Verde. (Presentándole.)

- BARÓN ¿Y este joven es tambien del teatro?
RAF. No, señor Barón; pero pienso escribir para el teatro. Mi carrera es la de Leyes. Soy licenciado en Derecho.
- BARÓN Muy bien, muy bien.
GEN. Pues es una lástima que no sea usted actor, porque al lado de su hermana... ¡vaya! Harían ustedes una pareja de primer orden.
- RAF. Si hubiera nacido con disposición para el arte, quizá me habría dedicado al teatro.
- MONT. Y siendo joven, como yo, en ciertas ocasiones bién podría pasar por mi amante. ¿Verdad, señora Baronesa, (Con intención.) que podría pasar por mi amante?
- PILAR (¡Qué angustial)
BAR.^a ¡Oh! Ya lo creo. (Me parece que habla con intención.)
- DOC. (Me alegro.)
MONT. Pues yo también acabo de recibir un telegrama en que se me hacen proposiciones ventajosísimas para volver á trabajar en América.
- MAT. ¡Ay, qué lástima!
PEP. ¿Y se va usted á marchar?
GEN. ¡No vaya usted, qué demonio! La América para los americanos.
- BARÓN (Eso no puede ser.) Señora mía, el arte de Talma está muy necesitado de lumbreras como usted que le presten vida y calor y lo regeneren por completo.
- MONT. La aceptación de la contrata que se me propone depende, en primer término, de un pleito que sostiene mi hermano como abogado, y que esperamos ganar. Si es así, me quedo en España, si no haré comedias en América.
- GEN. Sí, pero el pleito sabe Dios lo que durará. ¡Bonitos están los pleitos!
- RAF. No, este se ha de fallar muy pronto.
BARÓN Bueno, pues ustedes me dan una nota, y yo hablaré con mi compañero, el ministro de Gracia y Justicia.
- MONT. Señor Barón, la influencia de usted puede ser decisiva.

- DOC. Y Themis dictará su fallo.
BARÓN No, no hace falta. Repito que yo hablaré con el ministro de Gracia y Justicia.
MAT. La veremos á usted en Madrid.
PEP. Y si no trabaja usted, no nos abonamos.
MONT. ¡Por Dios! (Dándole las gracias.)
BARÓN (A la Montellano, aparte.) Todo, antes que dejar de verla á usted.
MONT. (Al Barón.) ¡Prudencial! (¡Qué mentecato!) (Oyese el tercer toque de campana.)
GEN. Ya va á salir la misa Si á ustedes les parece, podemos almorzar.
BARÓN Vamos, pues. Vosotras arriba, ¿eh? (A la Baronesa.)
BAR.^a No, hoy almorzamos con ustedes.
BARÓN (¡Qué remora!)
DOC. Al comedor. Me sentaré con ustedes á la mesa por ser el último día.
BARON Si la señora Montellano me lo permite... (Ofreciéndole el brazo, que ella acepta.)
DOC. Mi General, usted, que tiene abierto el apetito, abra usted la marcha.
GEN. ¡A ver! Un ayudante de órdenes... (Mirando á las muchachas.)
MAT. Aquí estoy yo. (Le coge de un brazo.)
LEOP. Y aquí estoy yo para usted. (A Pepita, dándole el brazo.)
DOC. ¡Bravo! Y Pilarina con el joven Montellano. Y la Baronesa, conmigo.
BAR.^a Pero, hombre, por Dios. (Al Doctor.)
DOC. Si ello tiene que suceder... (A la Baronesa.) ¡En marcha! El gobierno, delante. Nosotros, á espaldas del gobierno.
BAR.^a (Al Doctor.) Mi marido no sabe á quien lleva del brazo.
DOC. ¡Sí lo sabe, señora! ¿Pues no lo ha de saber? (Entran todos en el hotel hablando y riendo. El Barón y la Montellano, los primeros; luego, los demás, y, por último, la Baronesa y el Doctor.)

TELON



ACTO SEGUNDO

REPARTO

PERSONAJES

ACTORES

EL BARÓN.....	SR. BALAGUER (J.)
LA BARONESA.....	SRA. VALVERDE.
PILAR.....	SRTA. DOMUS.
LA MONTELLANO.....	SUÁREZ.
RAFAEL.....	SR. RAMÍREZ.
EL DOCTOR.....	MORANO.
EL MINISTRO DE ***.....	VIGO.
EL SUBSECRETARIO.....	BALAGUER (M.)
EL DIRECTOR DE HACIENDA.....	DE DIEGO.
EL DE GRACIA Y JUSTICIA.....	MANI.
EL JEFE DEL PERSONAL.....	CÓRDOBA.
CAMPOS (empleado),.....	VALLE.
TRELLES (idem).....	BARBERO.
ALVAREZ (portero mayor).....	SANTIAGO.
SERRANO (portero primero).....	LARRA.
JIMÉNEZ (ordenanza).....	ALEMÁN.
UN ESCRIBIENTE (no habla).....	N. N.

Oficiales de Secretaría y Jefes de Negociado

DECORACION

El ministerio de ***. El escenario aparece dividido: á la izquierda el despacho del Ministro. Mesa, sillón, butacas y decorado á la moderna. En el fondo una puerta pequeña que comunica con la secretaría particular. En la pared, junto á la mesa del Ministro, hay un aparato telefónico. A la derecha, el salón antesala donde aguarda el público la hora de audiencia. Divanes alrededor y una mesa en medio con recado de escribir. En las paredes hay dos cuadros de timbres eléctricos. Junto á la mesa del Ministro hay un aparato para llamar á directores y jefes. En el lienzo de pared que divide el teatro hay una puerta grande que es la de entrada principal al despacho del Ministro. En la pared de enfrente hay dos puertas: una de salida y otra de comunicación con las oficinas.

ESCENA PRIMERA

ALVAREZ (portero mayor), está sentado á la mesa escribiendo. SERRANO (portero 1.º) se pasea. Es un hombre de sesenta años: anda siempre muy deprimida y á pascos menuditos. Además es cegato, y por acudir en seguida á donde le llaman, se da de hocicos contra las paredes y las puertas. Los dos porteros están de uniforme. El mayor lleva dos entorchados en cada manga y el portero 1.º uno. JIMÉNEZ (ordenanza) aparece en el despacho del Ministro limpiando con un paño los objetos que hay sobre la mesa, y quitando el polvo á los muebles con un plumero. Lleva un mandil puesto sobre el uniforme y una gorra de paño. Suena el timbre y sale un número en el cuadro. Serrano acude presuroso; mira el número y vuelve dirigiéndose al portero mayor con mucho respeto

SER. Señor Alvarez, el jefe del personal llama.
ALV. Que se espere.
SER. ¿Quiere usted que vaya yo?
ALV. Vaya usted á ver qué tripa se le ha roto al jefe del personal.
SER. Lo veré.
ALV. Oiga usted.
SER. ¡Señor Alvarez! (volviendo rápido.)
ALV. Dígale usted que estoy ocupado en asuntos particulares del Ministro.

- SER. Muy bien: ¿y nada más?
ALV. Nada más.
SER. Muy bien. (Vase por la puerta que da á las oficinas)
- ALV. Nota de los que me cargan, (Leyendo unas apun-
taciones que tiene hechas.) y cuyas cesantías pro-
pondré al nuevo Ministro en cuanto tome
posesión. Recomendación del alfombrista.
Este se porta bien conmigo, y pone las al-
fombras á los precios que yo le marco.
Cuentas pendientes. Subsecretaría: tabacos.
Direcciones generales, pastas, emparedados
y Jerez en los meses de Enero, Febrero y
Marzo. Meses de Junio, Julio y Agosto: zar-
zaparrilla. Azucarillos para los usías: veinti-
siete kilos. No me parece mucho. ¡Unos
hombres que sudan el kilo! Bueno; y estas
otras cuentecillas que no valen nada. . ¿Ji-
ménez?... (Llamando al ordenanz .) Hay que mi-
mirar por la casa y por los intereses del Es-
tado. ¡Jiménez! (Llamandole más fuerte.)
- JIM. ¡Señor Alvarez! (Saliendo del despacho del Ministro.)
ALV. Voy á la habilitación. Si el Ministro llama
por teléfono contéstele usted que vengo en
seguida.
- JIM. ¡Señor Alvarez, mire usted como estoy! (Ha-
ciéndole que se fije en el mandil, la gorra y el plu-
mero.)
- ALV. Pero, ¿cree usted que el Ministro puede verle
á usted por el teléfono?
- JIM. No, señor.. pero... (Confuso.) ¡Qué sé yo! Me
parece que n e lo va á conocer.
- ALV. ¡Bueno basta! (Ya se ve. No ha estudiado.)
¿Há concluído usted la limpieza?
- JIM. Sí, señor.
- ALV. Pues deje usted todo eso y al servicio ordi-
nario
- JIM. Muy bien, señor Alvarez. (Vase por la puerta
que da á las oficinas y se da un encontrón con Serrano,
que sale por la misma puerta.)
- SER. El señor jefe del personal desea hablar con
usted si no le sirve de molestia.
- ALV. Voy... ¿Le ha dicho usted que estaba ocu-
pado en asuntos particulares del Ministro?

- SER. Sí, señor.
ALV. ¡Bueno, voy!
SER. Muy bien.
ALV. Oiga usted.
SER. ¿Señor Alvarez?...
ALV. Está usted al cuidado por si el Ministro llama por teléfono desde su casa.
SER. Muy bien. (Vase Alvarez. Irmediatamente suena el teléfono del despacho del Ministro y Serrano entra precipitadamente, no sin darse un calamorón con el quicio de la puerta. Se acerca al aparato: aprieta el botón y se pone al habla.) ¿Quién?... Presente... ¿Con quién tengo la amabilidad de hablar? ¿Hotel de Roma?... Muy bien. ¿Con una señora? Muy señora mía: beso á usted la mano. ¿La señora .. qué? ¿La señora Montellano?... Muy bien... El nuevo señor Ministro tomará posesión á las dos en punto... Se lo haré presente al señor Ministro... Muy bien. Descuide la señora... Beso á usted la mano. (Cuelga los auriculares y se retira del aparato saliendo despnes á la antesa'a.) Una señora que quiere hablar con el nuevo jefe. Será la esposa de algún personaje. Apuntaré el nombre para que no se me olvide... *Señora Montellano.* (Apuntándolo en una hoja de papel que hay sobre la mesa)

ESCENA II

SERRANO y el SUBSECRETARIO, que sale por la puerta de las oficinas y se dirige al despacho del ministro. Lleva varios papeles para el despacho de Real orden. Luego el DOCTOR y ALVAREZ

- SUB. ¡Serrano! (Llamándole.)
SER. ¿Eh?... Señor... (Sorprendido.)
SUB. Abra usted.
SER. Con el mayor placer. (Abre el despacho del Ministro, entra el Subsecretario, y Serrano detrás de él.)
SUB. ¿Han venido los señores directores?
SER. Sí, señor.
SUB. ¿Y el jefe del personal?
SER. Idéntico.

- SUB. Los señores oficiales de secretaría estarán todos en la casa.
- SER. Doloroso sería que no estuvieran; pero si usía ilustrísima quiere cerciorarse, con apretar los botones de su excelencia... (Va á tocar el aparato eléctrico que llama á los negociados.)
- SUB. No; deje usted los botones de su excelencia, que ya se los apretará él si quiere.
- SER. Muy bien.
- SUB. Retírese usted.
- SER. ¿Nada más, señor subsecretario?
- SUB. Nada más. (Serrano se sale cerrando la puerta. y el Subsecretario, después de ordenados los expedientas sobre la mesa del despacho, entra en la secretaría particular por la puerta pequeña que hay en el fondo. Salen el Doctor y Alvarez por la puerta de las oficinas. Serrano se sienta unos ratos y otros se pasea.)
- ALV. Las dos es la hora señalada para que tome posesión el señor Barón de Tronco Verde.
- DOC. ¿De modo que usted ya conocía al Barón?
- ALV. Mucho, señor don Ricardo, mucho. Le conocí en el Senado, y también á la señora Baronesa de verla siempre en la tribuna diplomática.
- DOC. Pues á usted no le tocará.
- ALV. ¡Qué me ha de tocar! Y además, el Barón se interesó mucho por mi hijo cuando hizo oposición á una de las plazas vacantes en la secretaría del Senado. Pero el pobre muchacho salió mal en el primer ejercicio.
- DOC. ¡Hombre, qué lástima!
- ALV. Y no crea usted que fué por falta de inteligencia del muchacho, ni porque se cortara, ni nada de eso, no señor; fué porque le hicieron tres preguntas, que, créame usted, si me las hacen á mí, caigo.
- DOC. Lo creo muy bien.
- ALV. Ahora le tengo aquí colocado en la secretaría particular.
- DOC. Pues la Baronesa vendrá á ver la toma de posesión de su marido; ¡como es tan amiga de verlo todo!
- ALV. Puede entrar en el despacho chico, subiendo por la escalera reservada del Ministro. Hay un refresco preparado.

- DOC. Así lo hará.
ALV. Dígame usted, señor don Ricardo: ¿y el señor Barón está mejor de los nervios de la cara?
- DOC. El Barón está lo mismo que siempre: no ha variado en nada. Usted ya le conoce.
- ALV. Bastante, sí señor.
DOC. Pues no ha variado absolutamente en nada. (Con intención.)
- ALV. (Con intención.) ¿En nada?
DOC. En nada. (Con intención.)
ALV. Pues ya podía...
DOC. Sí, podía... pero no puede.
ALV. ¡Qué señor Barón! En fin, todos somos mortales. ¿Quiere usted pasar al despacho chico mientras llega la hora?
- DOC. Sí, pasaré.
ALV. Allí está el Subsecretario.
DOC. También es amigo.
ALV. Pues pase usted, señor don Ricardo.
DOC. Todavía falta un cuarto de hora. (Entran en el despacho del Ministro. Alvarez vuelve á salir, y el Doctor desaparece por la puerta pequeña del foro. Alvarez se sienta á escribir en la mesa de la antecala.)

ESCENA III

DICHOS, CAMPOS y TRELLES, auxiliares de la secretaria. Van bien vestidos, son jóvenes y tienen muy buen humor. Luego el MINISTRO saliente y el SUBSECRETARIO, que entran en el despacho por la puerta pequeña del foro

- CAM. Tú estarás bien agarrado, ¿eh?
TRE. ¡Ya lo creo! A mí no me toca el Barón de Tronco Verde.
- CAM. Ni á mí. Dicen que es una buena persona.
TRE. Sí, pero se muere por el bello sexo. Si el ministerio se compusiera de empleadas, no tocaría á ninguna
- CAM. Al revés, hombre, al revés. No dejaría títere con cabeza. (Se pasean, fuman y hablan con Alvarez y Serrano. Salen el Ministro y el Subsecretario.)

Aquel se sienta á la mesa de despacho y éste frente á él en una silla volante. A medida que el Ministro va firmando, el Subsecretario va retirando las órdenes y dándosélas á un escribiente, que ha salido con ellos y permanece de pié junto á la mesa.)

MIN. Vamos con la última firma. Lo estaba deseando.

SUB. No se han podido hacer todos los nombramientos que usted quería. Hay recomendaciones muy fuertes, que debemos respetar. (Hablan mientras firman.)

MIN. Ya me lo figuro.

SUB. A los no agraciados se les contesta con la fórmula ordinaria de: «Lo tendré presente para la primera vacante.»

MIN. Eso es.

SUB. Esta cesantía es una iniquidad (Fijándose en una de las que va firmando.)

MIN. ¿Por qué?

SUB. Porque este funcionario es muy antiguo, y con una hoja de servicios inmejorable.

MIN. ¿Quién lo recomienda?

SUB. Nadie.

MIN. Entonces ..

S. B. Pero lleva muchos años.

MIN. ¿Cuántos?

SUB. Más de treinta.

MIN. ¿Y el que le sustituye?

SUB. Es nuevo: no ha servido nunca.

MIN. Sí, efectivamente... pero también, un hombre que lleva más de treinta años comiendo de la nómina... y otro que no la ha probado nunca... ¿verdad?

SUB. Sí, mirándolo así... hay cierta equidad..

MIN. Y, sobre todo, hay que hacerlo. (Firma. El Subsecretario llama al timbre que da á la antesala y sigue firmando.)

ALV. ¡Serrano!

SER. ¿Eh? (Sorprendido.)

ALV. El Jefe.

SER. Al momento. (Abre la puerta con el llavín y entra en el despacho del ministro.)

TRE. Estará testando.

CAM. Allá veremos las cláusulas.

- SER. ¿Ha tenido vucencia la amabilidad de Ila mar?
- SUB. ¡Agual
- SER. Admirable. (Sale del despacho. Entra por la puerta de las oficinas y sale luego con una bandeja de plata con dos vasos de agua y dos cucharillas.)
- SUB. El Barón traerá compromisos.
- MIN. Naturalmente.
- SUB. «Vista de la Aduana de Irún.»
- MIN. (Antes de firmar.) ¿Cómo se llama este?
- SUB. Don Cándido Inocente del Paso.
- MIN. Buen nombre para *Vista de Aduana*. (Firma.) *Inocente del Paso*.
- SER. (saliendo) ¡Por vida!... Se me olvidaban los azucarillos. (Deja la bandeja con los vasos sobre la mesa de la antesala y sale precipitadamente por la puerta de las oficinas, volviendo luego con otra bandeja de azucarillos. Entre tanto, Campos y Trelles se beben los vasos de agua, sin fijarse en que son para el Ministro, y siguen paseándose y hablando. Alvarez no repara en nada.)
- CAM. Alvarez, ¿cree usted que habrá mucho movimiento de persona?l?
- TRE. Por fuerza.
- ALV. Lo habrá, porque aun cuando la situación no ha cambiado, el nuevo Jefe me consta que se trae muchos proyectos ultramarinos.
- TRE. Por eso echará de la tienda á muchos dependientes.
- CAM. Y la barrerá él.
- TRE. Ya lo creo que la barrerá. (Serrano entra en el despacho del Ministro con las bandejas, sin ver que los vasos están vacíos. Cuando se lo dice el Subsecretario, les pone sobre la mesa.)
- SER. Agua del Berro para sus excelencias.
- SUB. Déjela usted aquí.
- SER. Divinamente.
- SUB. Pero, ¿dónde está el agua?
- SER. (Confuso.) ¡Ah. . sí... efectivamente!... (Mirando los vasos. El Ministro y el Subsecretario se ríen.) Esto es que se ha evaporado con el calor.
- SUB. Cada día está usted más aturrido.
- SER. Es de nacimiento, señor Subsecretario.
- SUB. Bueno, traiga usted agua y que se avise á

los señores oficiales y jefes de Negociado para que vengan á presentarse al nuevo señor Ministro.

- SER. Me he penetrado perfectamente. (Coge los vasos, y llevándolos cada uno en una mano, sale del despacho, dejando las bandejas sobre la mesa del Ministro.)
- SUB. Y que venga Alvarez.
- SER. No sé si querrá.
- SUB. ¿Cómo?
- MIN. ¡Es delicioso!
- SER. Como está siempre tan ocupado...
- SUB. Ande usted, ande usted...
- SER. Con el permiso de vuecencias. (Sale.)
- SUB. Ya está ahí el Barón. (Oyese por la puerta pequeña la voz del Barón y de otras personas.)
- SER. Señor Alvarez, que tenga usted la amabilidad de entrar.
- ALV. Voy.
- SUB. Las últimas credenciales.
- MIN. ¡Gracias á Dios! (sigue firmando. Alvarez entra en el despacho.)
- SUB. Mire usted, Alvarez, no encomiende usted á Serrano el alto servicio, porque es viejo y ciego y no sirve para nada.
- ALV. El pobre, como no ha estudiado...
- SUB. No, aunque fuera un sabio, siempre sería un tonto. (Alvarez permanece de pie. Serrano sale otra vez con los vasos llenos de agua, los pone en la bandeja que ha dejado sobre la mesa del Ministro y se sale del despacho haciendo una profunda reverencia.)
- CAM. ¿Tiene sed el Ministro?
- SER. A la cuenta...
- TRE. ¡Sed de sangre! ¡Sabe Dios lo que habrá hecho!

ESCENA IV

DICHOS, el BARÓN y los DIRECTORES, que entran en el despacho por la puerta pequeña del foro. El DOCTOR va también con ellos. Van saliendo poco á poco por la puerta de las oficinas, y quedándose en la antesala los OFICIALES DE SECRETARÍA, JEFES DE NEGOCIADO. Unos se sientan y otros pasean, esperando que se les llame. El Barón da á Alvarez el gabán de verano que lleva al brazo y el sombrero de copa. Viste de levita. Alvarez se los lleva por la puerta del foro y vuelve á entrar en el despacho

- BARON Y de todo lo que les he dicho á ustedes, ¿qué se deduce?
- DIR. Nada.
- GRAC. Absolutamente nada.
- BARÓN Pues es claro: que con este sistema están muertas la política y la administración.
- MIN. Y yo tengo muerta la mano de tanto firmar.
(Se levanta de la mesa.)
- BARÓN (Al Ministro.) Sí, mi querido compañero. ¡Ah! Y así se lo he dicho al Presidente hace media hora: no, no, no, y no! (Con acento de convicción pero sin gritar.)
- DIR. Las oposiciones cederán.
- GRAC. Y podrá venirse á un pacto.
- MIN. Ese será el resultado.
- BARÓN ¡No, no, no, no, y no! ¡Ah! Y así se lo he dicho al Presidente hace media hora. ¿Que se me interpela en el Senado? Moriré en el Senado como Julio César. ¿Que se me interpela en el Congreso? Moriré en el Congreso como Julio César.
- MIN. Sí; mirada la cuestión bajo ese punto de vista...
- BARÓN Y sobre todo, yo vengo al Ministerio aparejado de todas armas, y declaro aquí delante del Ministro saliente, del Subsecretario y de los Directores, que me he prevenido *por si muove*, como dijo Galileo. (Muestras de aprobación en todos.)
- GRAC. Bueno: ¿Quiere usted recibir al personal?
- BARÓN Sí; ahora mismo.

- MIN. Yo se los iré á usted presentando, y usted les dice luego el discurso de rúbrica.
- BARÓN. Sí; ya me han enterado. En cuatro palabras les diré mi pensamiento, por más que ya saben ustedes que yo no me ocupo en ciertos detalles
- SUB. Alvarez. Que vayan pasando los señores oficiales (El Barón de pie delante de la mesa de despacho. A su izquierda el Ministro; y un poco retirados el Subsecretario y los Directores. El Doctor se coloca detrás de la mesa. Van entrando los oficiales y colocándose en fila ó agrupados, según convenga. Algunos se quedan á la puerta entre la antecámara y el despacho. Alvarez está junto á estos, y á lado de Campos y Trelles. Serrano se queda el último.)
- ALV. Hagan ustedes el favor de ir pasando. Su-pongo (A Campos y Trellez.) que tendrán ustedes compostura.
- CAM. Hombre, yo no me he roto.
- TRE. Ni yo.
- ALV. Bueno: esta no es la ocasión más á propósito para decir chascarrillos.
- CAM. Como nos habla usted de composturas...
- TRE. Y estamos enteros...
- ALV. Sí; si son ustedes muy /graciosos. (¡Cesantes los dos!) (Pausa. Así que se han colocado todos los oficiales, el Ministro echa una ojeada y empieza á hablar en medio del mayor silencio.)
- MIN. Reunidos los señores oficiales de secretaría de este Ministerio y jefes de negociado, cúpleme manifestar que en todos los asuntos administrativos de este centro, y prescindiendo por completo de su criterio político, y ajustándose estrictamente al cumplimiento de sus deberes burocráticos, el alto personal de esta secretaría me ha ayudado á sobrellevar el enorme peso de este difficilísimo cargo que he venido soportando durante un bienio por la munificencia de Su Majestad y no por mis propios merecimientos. En este lapso de tiempo, más de una vez he visto, y perdóneseme la metáfora, la espada de Damocles suspendida sobre mi cabeza; pero gracias á la acertada,

gestión de los funcionarios presentes, he podido corresponder á la confianza de la Corona. Me separo de ellos persuadido de que trabajarán al lado de mi digno sucesor con la misma fe, el mismo celo, y el mismo desinterés que han manifestado durante el tiempo servido á mis órdenes. Y nada más.

(Murmullos de aprobación Pausa. Todos se fijan en el Barón. Se ve á la Baronesa que asoma por la puerta del foro y escucha atentamente.)

BARÓN

El traspaso de esta cartera desde manos tan idóneas como las de mi digno antecesor, aquí presente, hasta las mías, desnaturalizadas para este linaje de graves cuestiones político-administrativas, me produce honda preocupación y me hace temer que, como ha dicho muy bien mi digno antecesor, aquí presente, siga suspendida sobre mi cabeza la espada de Demóstenes. Empero, no seré yo ciertamente el que desmaye, y menos si me ayudan los dignos funcionarios de este Ministerio. Me complace asegurar á ustedes que no verán en mí al Ministro, sino al amigo, al compañero... al compañero... y al amigo. Me propongo no hacer alteración alguna en el personal. Me limitaré á cubrir las vacantes que ocurran bien por cesantía, bien por fallecimiento de alguno de ustedes, bien por alguna otra circunstancia agravante.

CAM.

¡Qué barbaridad!

TRE.

¡Pues estamos frescos!

ALV.

(Mandándolos callar.) ¡Chist!

BARÓN

En cuanto á mi programa, es bien conocido: moralidad y trabajo. Hay que hacer mucho en este departamento ministerial. En Gracia y Justicia, aparte otras reformas, hay que modificar la ley del Jurado para que en todo caso el *veredignum* sea justo: *Veredignum et justum est*

CAM.

Ecum est salutare. (Riéndose.)

TRE.

Nos tibi semper. (Idem.)

ALV.

(A ellos) ¡Chist!

BARÓN

En cuanto á la Dirección de Administración

y Fomento, suprimida no sé por quién, porque yo no disiendo á ciertos detalles, nada tengo que decir. En Fomento también hay mucho que hacer. La agricultura en nuestras Antillas está por el suelo.

TRE.

Como en todas partes.

CAM.

(Riendo.) ¡Pues claro!

ALV.

¡Chist!

BARÓN

Sus derivaciones, que son: la floricultura, la horticultura, la piscicultura, la vinicultura, la viticultura, la avicultura y otras, merecen especial estudio, así como las granjas modelo y la *disecación* de pantanos.

CAM.

¡Atiza!

TRE.

¡Este nos diseca!

ALV.

¡Chist!

BARÓN

En cuanto á los demás asuntos de este centro ministerial, cuento, como ha dicho muy bien mi digno antecesor, aquí presente, con el apoyo moral y material, y la valiosa cooperación de todos ustedes, á quienes ruego que, desde este momento me consideren como su compañero y amigo, y si es preciso como su amigo y compañero. (Hace una inclinación de cabeza. El Subsecretario y los Directores le dan la mano. Los empleados rompen la fila. Unos van saliendo del despacho y otros se quedan. El Doctor abraza al Barón. Campos y Trelles se rien en la antesala, y hablan con algunos de los que se van. El Ministro presenta al Barón algunos oficiales. Estos, despues de saludarle, salen del despacho y desaparecen por las puertas de las oficinas. Por último, no quedan en el despacho más que el Barón, el Ministro, el Subsecretario, los Directores y el Doctor.)

MIN.

Presentaré á usted algunos jefes de los más caracterizados.

BARÓN

Sí, sí.

MIN.

El señor Mesa... (Presentándole.) encargado de la biblioteca.

BARÓN

Mucho gusto. Hay que cuidar mucho de los libros. Los libros no son para todo el mundo. (Mesa saluda y se va.)

MIN.

Don Claudio Col. (Presentándole.) Jefe de Agricultura.

- BARÓN Muy bien. El nombre ya es una garantía.
(Col saluda y se va.)
- MIN. El señor Cuevas, jefe de minas.
- BARÓN Mucho gusto.. También es una garantía.
(Cuevas saluda y se va.)
- MIN. El señor Verdugo, jefe del personal.
- BARÓN ¡Ah! Muy bien... A propósito; hágame usted
el favor, señor Verdugo. (Se lo lleva aparte. El
Ministro, entre tanto, habla con los empleados.) Que
se extienda este nombramiento á favor del
interesado cuyo nombre verá usted ahí (Dan-
dole una nota que saca de un sobre) Lo necesito
hoy mismo: quiero firmarlo antes de mar-
charme. Ha de ser necesariamente para Ca-
narias.
- VERD. Creo que no hay vacante, señor Ministro.
- BARÓN Bueno; no importa: usted me hará el favor
de hacerla.
- VERD. Se hará, señor Ministro. (vase.)
- DOC. (La credencial para el muchacho. Este es el
primer acto de su ministerio. Luego vendrá
lo otro. (El Barón va despidiendo á otros jefes que
salen luego del despacho y desaparecen.)
- BARÓN No he querido extenderme...
- DOC. ¡Muy bien, muy bien! Corto, pero sustan-
cioso.
- BARÓN Oiga usted, mi querido Valle. (Al subsecre-
tario.)
- SUB. ¿Barón?
- BARÓN Le he encargado al Jefe del personal un
nombramiento para Canarias y no sabe si
habrá vacante.
- SUB. El la hará y me traerá la real orden á la
firma.
- BARÓN Pero, ¿la firma usted?
- SUB. Sí, es de real orden comunicada.
- BARÓN ¡Ya... ya! Son detalles que yo... ya sabe us-
ted...
- SUB. Por supuesto.

ESCENA V

La BARONESA y PILAR, salen por la puerta de la secretaría particular

BAR.^a Muy bien, señores: todo me ha parecido muy bien.

DIR. ¿Baronesa?

BAR.^a ¿Cómo va? (Alargándole la mano.)

GRAC. ¿Ha estado usted á la cortina?

BAR.^a ¿Cómo va? (Idem.) A usted ya le he visto. (Al Subsecretario.) Hola, querido doctor. (Distraida y como por máquina alarga la mano á Alvarez que está allí muy serio esperando ordenes. Alvarez confuso no sabe qué hacer.) ¿Cómo va? (A Alvarez.) ¡Ay, pero qué distraida estoy! Buenos días, Alvarez.

ALV. A los pies de vucencia.

BAR.^a ¿Pues saben ustedes que el personal de este ministerio tiene muy buena pinta?

BARÓN Pilarina... (Llamándola.) ¿Qué dices tú de todo esto? (Muy cariñoso.)

PILAR Nada, tío. (Lo mismo.)

BARÓN ¡Qué elegante estás! (Le da un beso en la frente. Ella baja los ojos. Luego el Barón pasa á hablar con el Subsecretario. Los Directores con Pilar y la Baronesa con el doctor, formando grupo. Alvarez sale del despacho y se quita en la antesala.)

SUB. Con permiso de mi jefe digo que es usted encantadora.

PILAR ¡Por Dios!... (Como avergonzada.)

BARÓN ¡Oh! ¡No!

DIR. Pues yo digo lo mismo sin permiso del jefe.

BAR.^a ¡Oh!..

GRAC. Haría usted una gran directora de la *Gracia... y de la Justicia*.

BAR.^a ¡Oh!.. (Pilar se sonríe.) Doctor, solo falta usted.

¡Echela usted un piropo, hombre!

DÓC. Yo, en verso, en verso.

BAR.^a (Al Doctor aparte.) Doctor, esta muchacha está imposible. No hay quien la persuada. ¿En qué vendrá á parar esto?

- DOC. En que se casará con su novio, el cual va á ser funcionario de este ministerio.
- BAR.^a ¿Cómo?
- DOC. Y le va á nombrar el Barón.
- BAR.^a ¿Mi marido?
- DOC. Sí, señora.
- BAR.^a ¿La va á casar mi marido con el hermano de una cómica? ¿Mi marido que no puede ver á las cómicas?...
- DOC. ¡No diga usted tonterías, señoral
- BAR.^a Pero, hombre...
- DOC. Usted no se dé por entendida, que todo llegará por sus pasos contados.
- BAR.^a Yo no me opondría abiertamente, pero mi marido...
- DOC. Por razones que no están al alcance de usted y que no es preciso que usted sepa, el Barón cederá.
- BAR.^a No entiendo.
- DOC. No hace falta. Déjeme usted á mí.
- SUB. Baronesa; pasen ustedes al otro despacho; tomarán un refresco.
- ULT. Sí, sí.
- BAR.^a Donde ustedes quieran.
- DOC. ¿A qué hora han almorzado ustedes? ¿A las once? Siendo así pueden ustedes tomarlo.
- BARÓN Soy con ustedes en seguida. Voy á examinar unas notas... (El Ministro da el brazo á la Baronesa. El Subsecretario á Pilar y los Directores y el Doctor van detrás desapareciendo todos por la puerta de la Secretaria particular. El Barón se queda en el despacho. A los pocos momentos suena el timbre del teléfono y el Barón se pone al habla. Serrano está en la antesala.) Su hermano á Canarias. Ella lo desea y es natural. De otro modo sería imposible nuestra amorosa inteligencia. ¡Qué mujer! ¡Es la primera vez de mi vida que he amado de veras. Desde que la conozco, el rissorio no me deja en paz un momento. (Suena el timbre del teléfono.) ¿Quién llamará? ¿Quién es?—Yo mismo, el Ministro.—Yo, el barón de Tronco-Verde.—¿Eh?—¿Es usted?—Sí, mi dulce amiga; estoy aquí solo.—Hable usted. El eco de su voz, aunque vela-

da por la acústica, es el mismo de siempre... Sí, encanto de mis sentidos. (Sigue comunicando.)

SER. ¡Ah! ¡Caramba! Se me había olvidado lo de la señora que quiere hablar por teléfono con el Ministro. Voy á comunicárselo. (Entra en el despacho y se detiene al ver que el Barón está en el aparato. El Barón no se da cuenta de ello.)

BARÓN Acepto el consejo.

SER. (Está comunicando con el Presidente del Consejo.)

BARÓN ¿Va á venir su hermano de usted?—Le es- pero para darle yo mismo la credencial.

SER. (¡Lo de siempre: el turrón!)

BARÓN La reina es usted.

SER. (Eso es verdad: los ministros mandan más que el rey.)

BARÓN ¿Y qué puedo esperar de usted? ¿Todo? ¿Sí? Y un tierno abrazo.

SER. (Si son muy amigos.)

BARÓN Venga usted á verme un momento. Aquí está mi familia; pero no importa. El secreto está entre los dos.

SER. (Secretos de Estado.)

BARÓN La espero con ansia. Sí, adiós. (¡Oh! Si un beso se transmitiera como una palabra...) (Cuelga los auriculares, y al volverse ve á Serrano plantado delante de la puerta.) ¿Eh? ¿Qué hace usted ahí?

SER. (Confuso.) Nada, excelentísimo señor.

BARÓN ¿Quién le ha llamado á usted?

SER. Nadie, excelentísimo señor; venía...

BARÓN ¿Ha estado usted enterándose de lo que no le importa?

SER. A medias, excelentísimo señor; pero soy un pozo.

BARÓN ¿Cómo se llama usted?

SER. Serrano, excelentísimo señor.

BARÓN Está usted cesante desde este momento.

SER. Gracias, excelentísimo señor.

BARÓN Vaya usted á decirle al Jefe del personal de mi parte que extienda su cesantía.

SER. ¿La de él?

BARÓN La de usted.

- SER. No me atrevo, excelentísimo señor.
- BARÓN. ¿Cómo?
- SER. Yo venía á decir á vucencia que una señora... aquí he apuntado su nombre: (sacando un papelito.) la señora Montellano quería comunicar con vucencia por telefono desde el hotel de Roma; pero como vucencia estaba comunicando con el señor Presidente del Consejo, no quise interrumpir.
- BARÓN. (¡Ah! No se ha enterado.) Basta. Retírese usted.
- SER. Muy bien. Pero digo... que... que no le diré nada al jefe del personal, ¿verdad, excelentísimo señor?
- BARÓN. Pase por esta. Vaya usted y dígale al jefe del personal de mi parte que no extienda la cesantía de usted.
- SER. Mil gracias, excelentísimo señor. (Sale apresuradamente del despacho, atraviesa la antesala, tropieza, cae, se levanta y desaparece por la puerta de las oficinas.)

ESCENA VI

El BARÓN y ALVAREZ, que sale por la puerta de la secretaria particular. Luego RAFAEL, vestido elegantemente. Sale por la puerta de entrada al Ministerio y habla con Alvarcz en la antesala

- ALV. El señor Subsecretario me entrega esto para vucencia. (Dándole un oficio.)
- BARÓN. Sí, ya sé lo que es. Oiga usted: si viene á verme un caballero joven, que dirá llamarse don Rafael Montellano, que pase inmediatamente, y no recibo á nadie más. (Alvarez se sale á la antesala.) Su hermano, á Canarias. Ella, aquí, á mi lado. (Lee la credencial y la deja sobre la mesa.)
- RAF. (Saliendo.) ¿El señor Ministro? (A Alvarez.)
- ALV. ¿Su gracia de usted?
- RAF. Rafael Montellano.
- ALV. Pase usted. (Le abre la puerta del despacho, y entra Rafael.)
- RAF. Señor Barón. (Saludándole.)

- BARÓN Adelante, amigo Montellano.
- RAF. A molestar.
- BARÓN De ningún modo. Siéntese usted. (Se sientan.)
¿Es esto lo que usted deseaba? (Dándole la credencial.)
- RAF. Esto mismo. (Después de leerla.) Mil gracias. Mi hermana y yo tenemos algunos intereses en este archipiélago, y me conviene ir allí colocado; pero creo que no iré solo.
- BARÓN ¿Cómo?
- RAF. (Voy á prepararle poco á poco.) Señor Barón, ya que usted, conociéndome apenas, me favorece, voy á ser franco con usted: yo estoy enamorado.
- BARÓN ¡Oh! Muy bien, me parece muy bien.
- RAF. A mi edad...
- BARÓN El amor es natural en el hombre, á cualquier edad de la vida; lo mismo á la de usted...
- RAF. Que á la de usted, ya me hago cargo.
- BARÓN Exactamente.
- RAF. Pero se oponen grandes obstáculos á la realización de mis deseos.
- BARÓN ¿Grandes obstáculos?
- RAF. Y si no los venzo, renuncio al destino, y aquí me quedo. Mi hermana irá á América á trabajar en aquellos teatros, y luego se establecerá en Canarias, para cuidar allí de nuestros intereses.
- BARÓN Eso sería una locura. Su hermana de usted se debe al arte en España, y usted es el que está obligado á cuidar de esos intereses. Su hermana de usted, aquí; usted, allá.
- RAF. Sí, eso sería muy conveniente para alguno, pero para nosotros, no.
- BARÓN Y cuáles son esos obstáculos?
- RAF. Mi novia, señor Barón, pertenece á una familia aristocrática, y yo soy plebeyo. Ella heredará títulos nobiliarios, y yo no tengo otro título que el de licenciado en Derecho Civil y Canónico.
- BARÓN Ya es algo: licenciado en Derecho Civil y *canónigo*, ya es algo. Y qué, ¿la familia se opone abiertamente?

- RAF. Cuando lo sepa, se opondrá.
BARÓN Pero acabará por ceder, creo yo, porque no habiendo fundamento sólido para... ¿eh?
- RAF. El abolengo; nada más que el abolengo.
BARÓN Sí; pero el abolengo pasa, como pasa todo en el mundo; y además, me parece que esa familia no será tan ignorante, que desconozca los medios que nuestras leyes ponen en manos de cualquier hombre célibe, para casarse cuando le parezca oportuno.
- RAF. De modo que usted me aconseja...
BARÓN Yo no; la ley de *descenso paterno* está terminante: el Consejo de familia, el juez, el depósito... todo.
- RAF. (¡Soberbio!) Sería doloroso que llegáramos á ese extremo.
- BARÓN ¿Y conozco yo á esa familia?
RAF. Mucho, señor Barón.
BARÓN ¡Hombre! ¿Y podría yo influir?
RAF. Mucho, señor Barón.
BARÓN ¿Y quién es?... ¿Quién es?
RAF. Permitame usted que en este momento no se lo diga: pronto lo sabrá usted. (Pausa.) ¿Y usted no tiene hijos, señor Barón?
- BARÓN No, amigo mío: mi mujer es insoportable. No tengo más que una sobrina; ya la conoce usted.
- RAF. Sí, muy linda.
BARÓN Ella heredará mis títulos y bienes.
RAF. Pues figúrese usted señor Barón, si esa señorita se encontrara en el caso de mi novia, ¡qué conflicto para usted!
- BARÓN ¡Oh! Mi sobrina no se casaría nunca sino muy á gusto mío
- RAF. Y al suyo también, ¿verdad?
BARÓN Según... según... veríamos...
RAF. (Levantándose) Usted es un señor muy discreto, y yo estoy seguro de que no daría usted lugar á que las leyes que invoca en favor mío, penetráran inflexibles en el palacio de los barones de Tronco-Verde.
- BARÓN Sí... realmente... Pero por ahora no hay que pensar en eso.
- RAF. Muy bien, señor Barón: y con el permiso de

usted me retiro. Voy á buscar á mi hermana que desea despedirse de usted.

BARÓN Sí; ya sé que se ausenta por unos dias.

ESCENA VII

DICHOS y EL DOCTOR que sale por la puerta de la secretaria particular.

- DOC. ¿Cómo va, caballero Montellano?
RAF. Siempre á las ordenes del simpático doctor.
(Dándole la mano)
DOC. (idem.) Gracias.
RAF. Repito, señor Barón... Pronto tendré el gusto de volver á ver á usted.
BARÓN Adiós, Montellano.
RAF. ¡Doctor!.. (saludándole.)
DOC. ¡Vaya usted con Dios ilustre, joven! ¡Y mucho ánimo! ¡Y no desmayar!
RAF. En ello estoy. (Saluda, se le del despacho y se va)
BARÓN ¿Por qué le dice usted eso?
DOC. Porque estoy al cabo de todo lo que le pasa á ese joven Enamorado, correspondido, contrariado; una familia de ideas rancias y ridículas...
BARÓN Me acaba de referir su historia y he prometido ayudarle para que se case y se vaya á desempeñar su destino.
DOC. Y le deje á usted el campo libre, ¿no es esto?
BARÓN Sí, amigo mío. Esa mujer me mata.
DOC. Bueno; pues ha de saber usted mi querido Barón, que está usted en el mismo caso respecto de Pilarina.
BARÓN ¿Cómo?
DOC. Pilarina tiene novio.
BARÓN ¿Eh?
DOC. Exactamente igual á ese que acaba de marcharse. Abogado, poeta, de la misma edad; en fin, idéntico.
BARÓN ¿Y usted le conoce?
DOC. ¡(Pero qué tontísimo es!) Si señor le conozco.
BARÓN ¿Y usted me lo ocultaba?
DOC. Hasta estar seguro de que á ella le convenía.

- Ahora que lo estoy, me declaro protector de esos amores y trabajaré para que concluyan en la iglesia.
- BARÓN ¿Y la Baronesa los tapaba?
DOC. La Baronesa se oponía, sólo por consideración á usted.
- BARÓN Muy bien: y usted, valiéndose del ascendiente que tiene sobre mí como amigo y como médico, quiere que yo admita un ingerto en la rama de los Tronco Verde. Pero como eso no puede ser, no será nunca.
- DOC. Mire usted, Barón: una de las primeras obligaciones del hombre, es estudiar lógica y no decir tonterías. Usted no quiere un ingerto en su familia; pero trata usted de ingerir á Mor.tellano en otra familia como la de usted que no querrá ingertos tampoco.
- BARÓN Amigo mío; cada uno en su casa sabe lo que le conviene.
- DOC. Y usted le ha aconsejado que acuda á las leyes.
- BARÓN Y ahí estoy dentro de la lógica.
DOC. Pues esa lógica le va á alcanzar á usted de la misma manera; porque el juez entrará bonitamente en su casa de usted y se llevará á la muchacha.
- BARÓN (Con soberbia.) El juez entrará en mi casa por la puerta y mis criados lo arrojarán por el balcón.
- DOC. Magnífico; y en seguida lo procesan á usted.
BARÓN ¿Procesarme á mí? ¿A un Ministro de la Corona? ¿A un senador del reino que goza de *impunidad* parlamentaria?
- DOC. *Inmunidad*, Barón, *inmunidad*, no *impunidad*.
BARÓN Ya he dicho á usted cien veces que no me fijo en ciertos detalles Y lo que usted pretende, con plausible intención, no digo lo contrario, es oponer barreras á mi amor.
- DOC. ¡Qué barreras ni qué burladeros! Lo que usted va á hacer es saltar la barrera, meterse en su casa y cortarse la coleta.
- BARÓN Mi corazón es joven.
DOC. Pues por eso no puede usted amar á la Mor.tellano sino platónicamente; y, sobre todo,

debe usted evitar que su sobrina se entere de estas cosas, ya que tiene usted la suerte de que la Baronesa sea tan miope de la vista como del entendimiento.

- BARÓN ¡La Baronesa es insoportable!
DOC. Y dejar que Pilarina se case con su Rafael y se vayan benditos de Dios.
BARÓN ¿Rafael? ¿También se llama Rafael el pretendiente de mi sobrina?
DOC. (¡Pero qué tontísimo es, Dios mío!)

ESCENA VIII

DICHOS, la BARONESA, PILAR y el SUBSECRETARIO, por la puerta de la secretaría particular. ALVAREZ sale detrás de ellos. SERRANO sigue en la antesala

- BAR.^a Constantino; nosotras nos vamos. ¿Habrá venido mi coche? Alvarez, ¿quiere usted preguntar si ha venido mi coche?
ALV. Al momento.
SUB. ¿A qué hora es el Consejo?
BARÓN A las cuatro. Son poco más de las tres. (Mirando su reloj. Alvarez sale del despacho y avisa á Serrano.)
ALV. ¡Serrano! (Llamándole.)
SER. ¿Eh?... ¿Señor?... (Sorprendido.)
ALV. Pregunte usted si ha venido el coche de la señora Baronesa.
SER. A escape. (Vase por la puerta de salida y vuelve luego.)
BARÓN Pilarina: (Llamándola aparte) has abusado de mi confianza y tendré que ser muy severo contigo. (Con seriedad cómica.)
PILAR. ¿Qué dices, tío?
BARÓN En casa hablaremos.
DOC. (¿A que le ha dicho alguna tontería?)
BARÓN ¿Me permites un momento? (A la Baronesa llamándola aparte.)
BAR.^a ¿Qué?
BARÓN Has abusado de mi confianza y tendré que ser muy severo contigo.
BAR.^a ¡Hombre!

BARÓN ¡Chist! En casa hablaremos. (El Barón habla con el Doctor y la Baronesa, y Pilar con el Subsecretario. Alvarez permanece de pie en el foro junto a la puerta de la secretaria particular.)

ESCENA IX

DICHOS, LA MONTELLANO, RAFAEL y SERRANO, que vienen por la puerta de salida. Serrano sale delante de ellos

SER. Comunicaré á su excelencia los deseos de la señora.

MONT. Muchas gracias.

SER. Muy señora mía: beso á usted la mano. (Entra en el despacho.) El coche de la señora Baronesa está en la puerta, y si vuecencia (Al Barón.) tiene la amabilidad de oirme...

BARÓN ¿Qué hay?

SER. La señora del hotel de Roma desea tener la amabilidad de comunicar nuevamente con vuecencia. Es la señora Montellano.

BARÓN (¡Ah! ¿Por qué no vendrá?)

BAR.^a (La Montellano.)

DOC. (A Pilar.) Esta lo resuelve en el acto.

PILAR. (¡Qué ansiedad!)

SUB. ¡La célebre actriz!

BARÓN Sí; querrá darme las gracias por el nombramiento de su hermano.

MONT. El mes que viene viviremos juntos los tres.

RAF. Y el Barón en su casa, porque ya no será ministro.

BARÓN Alvarez, comunicación con el Hotel de Roma.

BAR.^a (El Doctor es quien maneja este tinglado.) (Alvarez se acerca al aparato y llama. Serrano permanece de pie.)

ALV. Central: comunicación con el Hotel de Roma.

SER. Digo, excelentísimo señor...

BARÓN El nombramiento es justo y merecido, porque recae en un joven de mucho talento.

SER. Digo, excelentísimo señor...

BARÓN ¿Qué dice usted?

- SER. Digo que puede comunicar vucencia con esa señora sin hacer uso del aparato.
- BARÓN ¿Cómo?
- SER. Porque la señora Montellano está esperando ahí fuera con un caballero.
- BARÓN ¿Y por qué no lo ha dicho usted? (Con energía.)
- SER. He dicho que quería comunicar con vucencia.
- BARÓN Es usted un mentecato.
- SER. Es de nacimiento, excelentísimo señor. (Tartamudeando y confuso)
- BARÓN Que pasen esos señores, y usted no vuelva á entrar en mi despacho.
- SER. Con muchísimo gusto, excelentísimo señor. Pero, ¿por qué me hace burla vucencia siempre que habla conmigo?
- BARÓN ¡Vaya usted enhoramala! (Serrano sale del despacho precipitadamente)
- ALV. (Ya se ve: no ha estudiado.) (Se retira del aparato.)
- SER. Tengan ustedes la amabilidad de pasar. (A la Montellano y a Rafael.)
- MONT. (A Rafael.) Vamos con el final de esta comedia.

ESCENA X

LA MONTELLANO y RAFAEL entran en el despacho

- MONT. Señores... (saludando.)
- BARÓN Perdone usted, señora mía, si una mala interpretación les ha hecho á ustedes esperar.
- MONT. De ningún modo. Señora Baronesa... Señorita... (Una elegante reverencia.)
- BAR.^a Que sea enhorabuena. (¡Pero qué cosas se ven!)
- MONT. La recibo, porque la distinción de que ha sido objeto mi hermano, resuelve para nosotros una interesante cuestión de familia.
- BARÓN El nuevo funcionario (Mirando á Rafael.) me ha pedido consejo acerca de ciertos planes que exaltan su juvenil imaginación, y yo le he aconsejado lo que debía. Su porvenir está allende el Oceano; el de usted (Mirandola á ella.) está en la Metrópoli.

- RAF. Pero yo amo la vida de familia y me prometo llevar conmigo á la que ha de ser mi eterna compañera. (Mirando á Pilar.)
- PILAR (¡Qué agradable es el oírlo!)
- BARÓN Repito que yo me ofrezco á allanar, si es posible, las dificultades que se opongan á la felicidad de ustedes.
- RAF. En todo caso, la acción ha de ser rápida, porque sólo tengo un mes para embarcarme, y sin ella no me voy.
- BARÓN ¡Amor calenturiento! (Sonriendo.)
- RAF. El señor Barón no tendrá inconveniente en dejarme aquí agregado al Ministerio.
- BARÓN No sé... Eso ofrecería sus dificultades... ¿Verdad, mi querido Valle, (Al Subsecretario.) que eso ofrecería sus dificultades?
- SUB. Ninguna. Eso se hace cuando se quiere. (Rafael se acerca á Pilar y habla con ella. La Baronesa habla con el Subsecretario. La Montellano se adelanta, y fingiéndose emocionada habla aparte con el Barón. El Doctor observa á todos.)
- MONT. Barón, acabo de saberlo todo. Mi hermano me lo ha confesado: su matrimonio es imposible y yo parto para América.
- BARÓN ¡Ah! ¿Eso? Pero, ¿por qué?
- MONT. Porque mi humilde condición me cierra las puertas [de la felicidad. Yo no puedo ser nada de usted.
- BARÓN Usted lo es todo para mí.
- MONT. Pilar es el amor de Rafael.
- BARÓN (Sorprendido.) ¿Cómo? ¿Será cierto?
- MONT. Sí, Barón.
- BARÓN He debido adivinarlo.
- MONT. Sí, Barón.
- BARÓN Soy un tonto.
- MONT. Sí, Barón.
- BARÓN Pero usted...
- MONT. Me voy para siempre.
- BARÓN ¡Jamás! ¡Lo primero, usted! ¡Me sacrifico! ¡Accedo! ¡No se vaya usted!
- MONT. ¿De veras? (Con vehemencia cómica.)
- BARÓN ¡Silencio! Hablaremos á solas.
- MONT. ¡Ah, Barón!... (Casi me da lástima)
- BARÓN La hora del Consejo se acerca, y siento tener que dejar á ustedes.

- SUB. Las cuatro menos cuarto.
DOC. (La Montellano ha echado el telón.)
BAR.^a Vámonos todos.
BARÓN Tranquílícese el enamorado mancabo, que todo tiene remedio en este mundo, menos la muerte. ¿Verdad, querido Doctor? ¡Ah! ¡Bribón!) (Al Doctor, aparte, apretándole la mano.)
DOC. ¡Ah, Barón! ¡Es usted todo un varón! (Lo mismo.)
BARÓN Mi familia llevará á usted en el coche (A la Montellano) al hotel de Roma.
MONT. ¡Oh! De ningún modo.
BAR.^a ¿Por qué no?
PILAR Sí, sí; usted con nosotras.
BARÓN Salgamos. Si usted me lo permite... (Ofreciendo el brazo á la Montellano. Ella lo acepta ruborosa.) Rafaelito, ¿quiere usted dar el brazo á mi sobrina?
RAF. ¿Cómo no, señor Barón? (Da el brazo á Pilar.)
DOC. ¡Bravo! *Todo lo vence el amor, ó la pata de cabra.* Usted conmigo, Baronesa. (Dándola el brazo.)
BAR.^a Doctor, mi marido se ha vuelto loco...
DOC. ¿Qué se ha de volver loco, señora. El Barón no se volverá loco en su vida. (Salen por la puerta de la secretaría particular, por el orden siguiente: el Barón y la Montellano; Rafael y Pilar; el Doctor y la Baronesa, y el último el Subsecretario. Alvarez se queda en escena, después de dar al Barón el abrigo y el sombrero.)
SUB. Alvarez, anuncie usted las horas de audiencia. (Vase.)
ALV. Voy, señor Subsecretario. (Al público.) El excelentísimo señor Ministro recibirá todas las noches al público de diez á doce. Lo que de Real orden comunicada traslado á ustedes, para su conocimiento y efectos consiguientes. Dios guarde, etc.

TELON



OBRAS DEL MISMO AUTOR

- Frasquito**, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Caballero.
- Los dos primos**, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Caballero.
- El galán incógnito**, zarzuela en tres actos y en verso, música del maestro Oudrid.
- El paciente Job**, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Oudrid.
- Cuatro sacristanes**, revista bufo-política, en un acto y en verso, original, música del maestro Aceves.
- El sobrino de mi tío**, comedia en un acto y en verso, arreglada del francés.
- Un caballero andante**, juguete en un acto y en prosa, arreglada del francés.
- El perro del capitán**, pasillo cómico, en un acto y en verso, original.
- Providencias judiciales**, sainete en un acto y en verso, original.
- Los baños de Manzanares**, sainete en un acto y en verso, original.
- A la puerta de la Iglesia**, sainete en un acto y en verso, original.
- La puerta de los cuatro sacristanes**, apropósito en un acto, original y en verso.
- Una jaula de locos**, revista en un acto, original, en prosa y verso, música del maestro Caballero.
- Música celestial**, parodia del drama *O locura ó santidad*, original, en un acto y en verso.
- Café de la libertad**, sainete, original, en un acto y en verso.
- ¡A los toros!**, revista taurómaca, original, en dos actos y en verso, música de los maestros Valverde y Chueca.
- La función de mi pueblo**, cuadro cómico-lírico de costumbres lugareñas, original, en dos actos y en verso, música, de Chueca.
- Vega, pe uquero**, sainete en un acto, original y verso.
- En busca de un diputado**, revista en dos actos, original y en verso, música de los maestros Caballero, Espino y Rubio.
- ¡Acompañe á usted en el sentimiento!** cuadro cómico-fúnebre, en un acto y en verso.
- La quinta de la Esperanza**, ópera bufo-política, en un acto, música arreglada por el maestro Rubio.

- »**El Rosicler**», **sociedad de baile**, cuadro de costumbres aristocrático-populares, en tres actos, original y en verso.
- La canción de la Lola**, sainete lírico, en un acto, original y en verso. música de los maestros Valverde y Chueca.
- De Jetafe al Paraíso ó la familia del tío Maroma**, sainete lírico, en dos actos, en prosa y verso, original, música del maestro Barbieri.
- Sanguajuelas del Estado**, sainete en un acto y en prosa.
- La abuela**, sainete trágico-realista, en un acto y en verso, original.
- Mariquita**, comedia en un acto y en prosa, arreglada del francés.
- Novillos en Polvoranca ó las hijas de Paco Ternero**, sainete lírico, en dos actos, original, música del maestro Barbieri.
- Pepa la frescachona ó el colegial desenvuelto**, sainete en un acto y en prosa.
- Juan Matías el barbero ó la corrida de beneficencia**, sainete en dos actos, música del maestro Chapí.
- El año pasado por agua**, revista en un acto y cuatro cuadros, en verso y prosa, música de los maestros Chueca y Valverde.
- A casarse tocan ó la misa á grande orquesta**, sainete, original, en un acto, música del maestro Chapí.
- Bonitas están las leyes ó la viuda del interfecto**, proceso-sainete en dos actos y en prosa, original.
- El señor Luis el tumbón ó Despacho de huevos frescos**, sainete lírico en un acto, en prosa y verso, original, música del maestro Barbieri.
- El tercer aniversario ó la viuda de Napoleón**, comedia-sainete en dos actos y en prosa.
- La verbena de la Paloma ó el boticario y las chulapas y celos mal reprimidos**, sainete lírico en un acto y en prosa, original, música del maestro D. Tomás Bretón.
- Al fin se casa la Nieves ó vámonos á la Venta del Grajo**, sainete lírico en un acto, dividido en tres cuadros, original, música del maestro D. Tomás Bretón.
- Aquí va á haber algo gordo ó la casa de los escándalos**, sainete lírico en un acto, original, música del maestro D. Gerónimo Giménez.
- Amor engendra desdichas ó el guapo y el feo y verduleras houradas**, sainete lírico en un acto y tres cuadros, en prosa y verso, original, música del maestro D. Gerónimo Giménez.
- El Barón de Tronco-Verde**, comedia político-amorosa en dos actos, en prosa y verso, original.

